

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO I
NUM 41

40 Cents.

29 NOVIEMBRE
1925



AYUNTAMIENTO DE MADRID
BIBLIOTECA DE MADRID

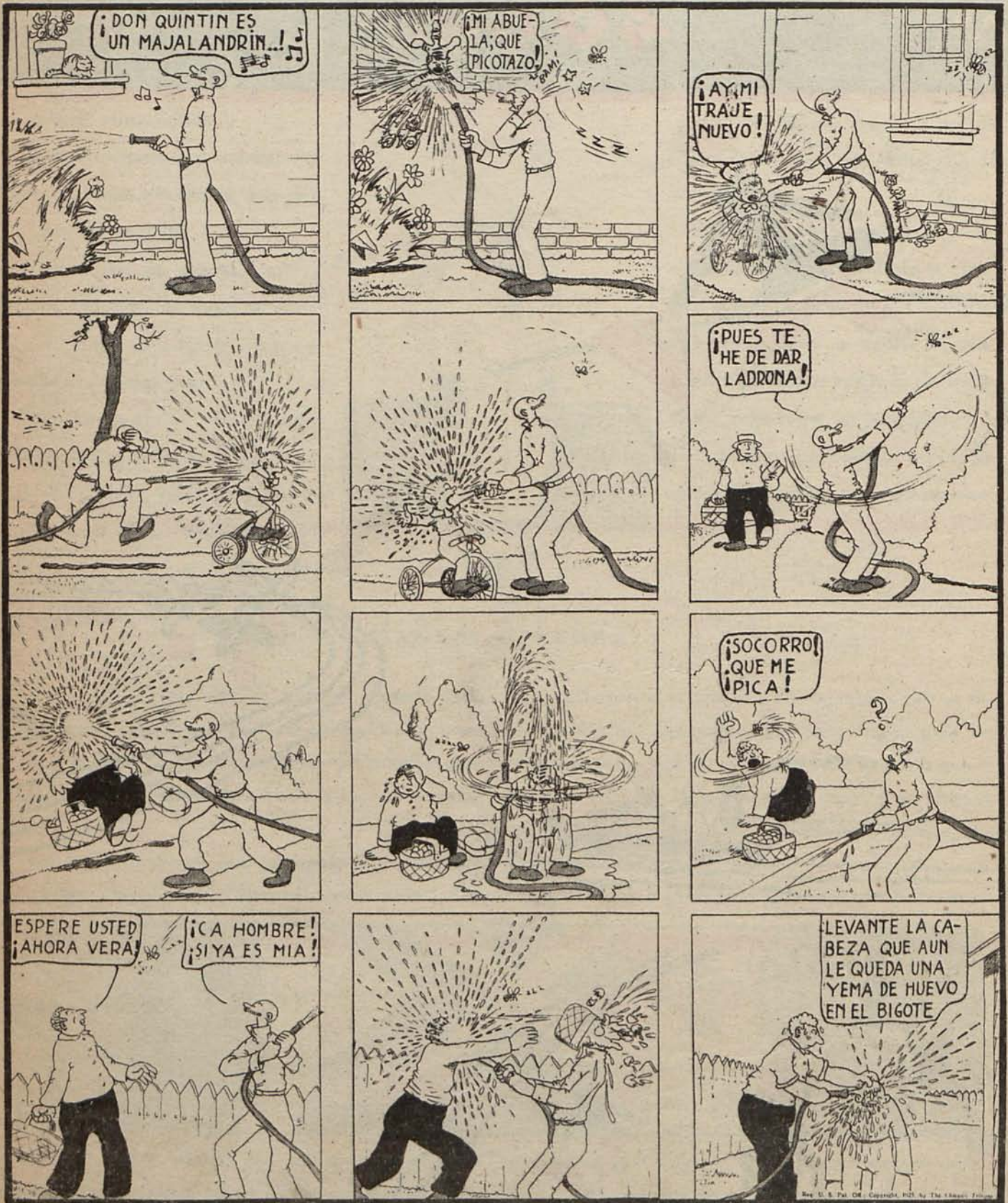


PINOCHO



SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIAN.— ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 2B. APARTADO 447.— SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS OTROS PAÍSES. AÑO 30 PESETAS.

DELAGIO CARAMILLO Y FAMILIA



PINOCHO EN LA ISLA DE "LA CARABA"

Explicación del dibujo de la cubierta.

Un día, leyendo Pinocho un libro viejo, averiguó que en un mar de esos que están mucho más lejos que la China había una isla donde pasaban las cosas más raras y los sucesos que no tienen ni pies ni cabeza. Pinocho cogió su maletín y emprendió la marcha.

En una gasolinera poco más grande que un zapato, Pinocho cruzó todos los mares del mundo en busca de la isla extraña. ¿Qué pasaría en ella? ¿Cómo serían los trenes

y las frutas y los juguetes? De pronto ante sus ojos apareció la isla de «La Caraba».

Apenas el héroe Pinocho pisó la tierra, una comisión presidida por el gobernador y compuesta por diputados, concejales y un perro, salió a recibirle. Pero ya empezaban las cosas absurdas, porque todos aparecieron cabeza abajo, como titiriteros. ¿Qué rarezas verá después?

(Continuará en el número próximo.)

Pinocho y los DEPORTES



Crónica deportiva.

POR DUX

Queridos lectorcitos: con el nombre un tanto pretencioso de «Crónica», voy hoy a relataros a grandes rasgos algo sobre el momento deportivo en lo que pueda tener de enseñanza para vosotros.

No sé si recordaréis que en un anterior artículo os explicaba algo sobre Ruiz, el boxeador. Pues bien, ya es campeón de Europa, y cuando leáis estas líneas, horas faltarán para que haya puesto ya su fuego frente a Ciclone. Es de esperar que Ruiz confirme su título y, de paso, se saque la espina que «le clavarón» en Barcelona y que le costó perder el título nacional.

De Paulino nos ocuparemos con más detenimiento en la semana próxima.

Ricardo Alís, el nuevo campeón de los pesos medios, ha sufrido un grave contratiempo con la derrota que le infligió el campeón francés Molinat en Barcelona. Esto es lo que pudiéramos llamar nuestra situación pugilística.

El fútbol, en el aspecto interno, atraviesa por el momento más difícil de juzgar. Los campeonatos se encuentran en una fase imprecisa; es más, envuelta en la nebulosa. Como es lógico y natural, no puede deducirse de ningún campeonato regional lo que pueda suceder.

En la esfera internacional, y después de nuestros éxitos austrohúngaros, todo es quietud y bienaventuranza.

Se prepara un justo homenaje al equipo nacional, que se llevará a cabo en el «Stadium Metropolitano». Merecen también el homenaje los seleccionadores Calot, Castro y Mateos, pues ellos, desapasionadamente, formaron el equipo que nos llevó a la victoria.

El atletismo también se regocija y se homenajea después de nuestra rotunda victoria en el «match» ibérico. El Comité, compuesto por los Sres. Barcia, Sevilla y Teja, está recibiendo todo género de parabienes y enhorabuenas. Se habla de un «match» frente a Italia que sería mucho más reñido y que sería necesario preparar con algo más de detenimiento.

Por momentos el alpinismo se impone de una manera clara y potente. Legiones de deportistas salen los domingos muy de mañana para la vecina Sierra de Guadarrama, y, aunque la estación de las nieves no se ha presentado aún, el motorismo se practica con todo entusiasmo.

Otros deportes desfallecen o duermen hasta llegada su época.

El Torneo de Pinocho se va desarrollando, aunque con alguna lentitud por las inclemencias del tiempo.

El Comité estudia en estos momentos el medio de jugar esta competencia futbolística de una manera más rápida, pues dado el extraordinario número de Clubs inscritos, es necesario establecer una marcha más acelerada, pues por el procedimiento empleado hasta la fecha sería interminable el período de desarrollo.

Los equipos pinochistas en América.

«Señores pinochistas: Es tal el regocijo que siento en estos momentos, que no me he de sentar sin hacerlo coas-

tar de una forma indeleble, para que se grabe con letras de oro en el gran libro de mi popular historia.

»Estoy contento, como dicen que están las castañuelas: feliz, como las pascuas, como las felices pascuas; vibran mis fibras de manera como las fibras de la carne humana.

»Mis amiguitos de América han escuchado, como los de la madre patria, mi llamamiento deportivo, y hoy puedo exclamar con regocijo que no hay un lugar de la tierra en donde se hable español que no haya un equipo pinochista.

»Arrancaré astillas de mi pecho; yo no sé qué haría para demostraros mi agradecimiento y regocijo.»

(Trozo del discurso pronunciado por Pinocho en la Asamblea muñequil, constituida de las agrupaciones pinochistas).

En Querétaro (Méjico) triunfa un equipo pinochista.

En la gran ciudad americana de Querétaro se ha formado un equipo pinochista de esta forma: José Carlos Septien (capitán); José Antonio Septien, Luis Septien; Alfonso Septien, Manuel Septien, José Ureta, Salvador Sánchez, Manuel Altamirano, Luis Castillo, Juan García y Alberto Delgado.

Hasta el momento que nos transmiten la noticia, este equipo ha jugado cuatro partidos contra el «Asturias». En el primero vencieron los pinochistas por dos a uno; en el segundo empataron a uno; en el tercero vencieron tres a uno los pinochistas, y en el cuarto se empató a cero.

Estos resultados son celebradísimos, pues todos los jugadores del «Asturias» eran bastante mayores que los pinochistas.

Los pinochistas de Querétaro tenían el proyecto de jugar contra el cuarto equipo del «Centro Educativo», y no desesperan de vencerlos.

En Buenos Aires.

«Sp. Chapete», 2; «Sp. Pinoyro», 2.

«Sp. Chapete» formó así: Balinas; Aranna, Zechi; René, Irigoín, Giudice; Serra, Luzzati, Branzuel, López y Castro.

Los dos «goals» los marcaron: el primero, Branzuel; y el segundo, Luzzati.

Un equipo pinochista de «tennis» triunfa en Guanátamo (Cuba).

El domingo 18 se jugó un gran partido de «tennis» entre el equipo de «Pinocho» y otro de «La Juventud».

Formaban el doble de «Pinocho» Lorenzo Nariaga y Pepito González Portillo.



El célebre jugador de Golf, Tampa'a reputado como uno de los «ases» mundiales, enseñando a jugar a su hija que desde pequeña muestra especiales aptitudes para la práctica de este bello deporte.

(Foto MAXIN.)



El famoso y joven nadador Jacky Ott golpea furiosamente a su buen amigo Paul Berlenbach, boxeador célebre. Ott quiere lograr una fama de pugilismo como la logró en la natación.

(Foto MARIN.)

En el primer «match» (simple) González vence a Nasi Pérez, 3-1 y 3-1.

Nariega jugó más tarde contra Eduardo Ruiz, empatando en ambos «sets» a 2.

El resultado total fué el siguiente:

«Pinocho»: partidos jugados, 5; ganados, 3; perdidos, 1; empatados, 1.

«Juventud»: partidos jugados, 5; ganados, 1; perdidos, 3; empatados, 1.

Este resultado, victorioso para Pinocho, pudo serlo aún más si hubiesen jugado Amador o Casas, que se encontraban enfermos.

Se han formado equipos de «base-ball», también pinochistas.

En Guantánamo también se han formado tres equipos de «base-ball».

Estos son: El «Pirula B. C.», que está formado por José González, Emilio González, Andrés Roselló, Artemio Portillo y Jaime Vilanova. Suplentes: José Mayo y Manuel Ruiz.

«Currinche B. C.»: Celestino Santos, Lilo Branet, Miguel Fernández, Amador Fernández y Pedro Casas. Suplentes: Fernández y González.

«Cabeza de Piedra B. C.»: Virgilio Camacho, Alberto Rafols, Lorenzo Nariega, Manuel Llamas y Manuel Fernández. Suplente, Pablo Beltrán.

Cómo juzgan los jugadores del «Chapete» a los del «Pinocho».

El jugador bonaerense del «Chapete», H. Giudice nos escribe una carta, en la que juzga a sus adversarios del «Pinocho F. C.».

En sus líneas resplandece un sano juicio deportivo, que enaltece a los muchachos del «Chapete» por esta razón las reproducimos.

«... debo también decirle que el domingo pasado jugamos por el nombre contra el club «Pinocho», que, como sabrá, lo perdimos, y es el único que nos ganó.

»Sufrimos el domingo una gran sorpresa.

»Nosotros, señor, creíamos ganar, y fácil, pero perdimos; y por un «goal», nada menos, nuestro cuadro fracasó por completo, y creo que fué por el gran entendimiento de nuestros contrarios. Ellos son unos «fenómenos»; tienen un portero y dos «baks» que es casi imposible de hacer «goals»; los medios también son buenos; el mejor es Dacal; él sólo juega por tres de los delanteros; no hay nada que hablar, cada cual es el mejor.

»Riete es el más trabajador, pero es algo loco; él corre, protesta y se pelea por la menor «parada», y corre como un desesperado, y atropella sin miedo ninguno; por más golpes que reciba, nunca los siente, eso que es el delantero de menor cuerpo.

»Una cosa me llamó la atención: fué el gran entendimiento y la gran colocación que tienen en el juego; se conoce que siempre juegan juntos, y, según me he enterado, viven casi todos cerca, y siempre, por la tarde, juegan en un solar.

»Yo, al terminar el «match», sentí la derrota; pero me convencí de que en la Argentina es casi seguro el «team» más fuerte y de jugadores más parejos, aunque chicos.

»¡Tres hurras! Y que sigan siempre con el mismo nombre y entusiasmo».



Un guardameta despeja de puños una situación comprometida. (Dibujo de ISIDRO ARCOS. Albacete.)



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, señor buho, la edad a que llegan los animales.

—¡Oh! Nada tan diverso. Los hay de más de cinco siglos, y los hay de unos meses nada más. Lo que pasa es que, no siendo con los insectos, que pueden observarse durante todos los días, con los demás es difícil saber lo que viven en su propio ambiente de salvajismo. Sin embargo, se puede observar con aproximación.

—¿Y los hay de cinco siglos, dice usted?

—Se dice que la ballena llega a veces a quinientos años. ¿Qué te parecería tener que mandar una tarjeta postal todos los días del cumpleaños? ¡Ya quisieras tú poderlo hacer!

—Y de los animales terrestres, ¿cuál es el que más vive?

—Se dice que es la tortuga. La tortuga viene a durar más de trescientos años. Así se comprende que vaya tan despacio. ¿Cuándo es cuando haces las cosas muy de prisa, muy de prisa? Cuando tienes poco tiempo para hacerlas, ¿verdad? Pues tal vez como a la tortuga le sobran años, va tan despacio, tan despacio... Tiene días para todo. Le sigue en edad el cocodrilo, que algunas veces llega a los trescientos. Claro que, si hacemos caso a la leyenda, el sapo vive más que ninguno. Además, este anfibio respetabilísimo llega a

durar, según dicha leyenda, miles y miles de años metido en un hueco, sin respiración alguna.

—¿Cuánto dura el caballo?

—Unos veinticinco o veintisiete años; como la vaca duraría si la dejaran. El elefante apenas llega a los cien años, lo cual no es mucho para su tamaño. El león y el camello duran unos cuarenta. La oveja, el perro, el gato y la cabra no suelen llegar a los quince. El pobrecito cerdo llegaría a los veinte años; pero ya sabes que el hombre, en cuanto le ve regordete, primero se lo come con los ojos y luego... con la boca. De las aves, las que más duran (que suele ser un siglo) son el águila, el cuervo y el cisne. El loro, aun enjaulado, suele alcanzar sesenta años. El gorrión, que parece siempre un chiquillo, ¡a veces llega a los cuarenta! El canario de buena salud deja el cántico y la vida a los quince años. Y a esta edad mueren también el jilguero y la perdiz, si no topan antes con unos perdigones por el aire. Claro que la perdiz enjaulada, privada de sus deportes campesinos y de su alimento natural, apenas pasa de los ocho años.

—¿Y el hombre?

—Ya lo sabes. A veces llega a los cien años; pero muy rara vez. Se cuida poco. El vino y el tabaco le quitan muchos años de vida, y estropean la raza.

LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

Hace constar aquel gran hombre que, al llegar al valle del Brenta, en un lugar señalado con toda precisión en el plano del canal, fué preso por algunos marineros de la república de Venecia...

—¿Y qué pasó? —preguntó Vicente, al ver que el doctor se detenía.

—No se sabe; ahí termina el documento.

—¿No dice por qué fué arrojado el plano al Adriático?

—No.

—¿Quizá aquel capitán, temeroso de que los venecianos se lo arrebatasen, lo arrojó al mar intencionadamente?

—Es probable, Vicente —respondió el doctor—, tanto más cuanto que el descubrimiento de tal canal podía constituir un gravísimo peligro para la república genovesa.

—¿Y por qué, señor Bandi?

—Si los venecianos hubiesen conocido la existencia de la galería, la hubiesen aprovechado para trasladar en brevísimo tiempo su flota hasta las puertas de la república rival.

—Es verdad, señor Bandi. No había pensado en ello.

—¿Y no se menciona ningún tesoro? —preguntó Simón Storvik.

—Padece una verdadera obsesión —dijo el patrón con enojo—. ¿Acaso crees que, para darte gusto, todas las galerías o todas las cavernas han de encerrar forzosamente riquezas? Abandona ya esa idea.

El doctor no hizo siquiera caso de la pregunta del eslavo. Habíase puesto en pie y paseaba agitado en cierto modo, pronunciando palabras en voz baja. Al poco tiempo continuó:

—¿Qué ventaja para Italia...! ¡Una flota que puede pasar en un pequeño espacio de tiempo del Adriático al Tirreno o viceversa...! ¡Génova, Spezia, Venecia casi unidas...! ¿Quién osaría amenazarlas?

Detúvose de repente frente al pescador, y después de mirarle fijamente durante algunos instantes le preguntó a quemarropa:

—Vicente, ¿te atreverías a seguirme hasta las entrañas de la tierra?

El lobo de mar, al oír semejantes palabras, se quedó mirando al doctor con una cara que parecía decir:

—¿Estáis loco?

—Respóndeme —dijo el señor Bandi.

—Pero..., señor... ¿Qué pensáis hacer?

—Descubrir el canal del capitán de la república genovesa.

—¿Y por qué exponeros a semejante peligro? Pensad, doctor, que se trata de sepultarse en las entrañas de la tierra, en medio de las más profundas tinieblas.

—Me cautiva la idea, Vicente. Para conseguir mi propósito estoy dispuesto a sacrificar mi posesión del Brenta, que vale un centenar de miles de liras.

—¿Perder una suma semejante, doctor...!

—¿Qué importa? ¿No queréis persuadirnos de que haríamos un gran servicio a nuestra patria?

—Sí, lo comprendo, señor Bandi: ¡pero cien mil liras...! ¡Caracoles...! ¡Es una cantidad respetable...!

—Ea, decidido: ¿me acompañaréis? Os ofrezco diez mil liras al terminar el viaje y, además, una red nueva de pescar, que valdrá otras dos o tres mil.

—¿Y he de ir yo solo?

—No; con dos de vuestros hombres, a los cuales ofreceréis paga doble de la que ahora ganan y mil liras de regalos.

—¿Y mi bragozzo?

—¿Quién os impide alquilarle por un mes o dos?

—¿Pensáis llevar a cabo la exploración en tan poco tiempo?

—Y en menos también.

—Pues bien —dijo el patrón—, podéis contar conmigo desde este momento.

—¿Y con dos de vuestros marineros? —preguntó el doctor.

—Con todos, si así lo deseáis.

—No; dos son suficiente.

—¿Cuándo partiremos?

—Lo antes posible. ¿Dónde tenéis el bragozzo?

—Está anclado delante del fuerte de San Felice.

—Mañana por la tarde iré a vuestro encuentro, con todo lo necesario para intentar la empresa.

—¿Deseáis que ponga a vuestra disposición a mis marineros?

—Sí, los dos que nos han de acompañar.

—Antes de la noche estarán aquí, señor Bandi.

—Volved a bordo; si os necesitase, os mandaría llamar. Yo emplearé unas horas en ir a Venecia para proveerme de lo necesario para el viaje subterráneo.

—Hasta la vista, señor Bandi. Nosotros volvemos ahora mismo a bordo.

Estrechó la mano al doctor y salió seguido de Simón Storvik, el cual parecía que había quedado pensativo después de las últimas palabras del doctor. ¡Quién sabe!

¡Quién sabe! quizá aquel deseado tesoro que de tal modo se esfumaba le habría puesto de mal humor.

Vicente, el patrón, atravesó los huertos seguido siempre por el eslavo y, una vez en la playa, echó la chalupa al mar medianamente un violento empujón, saltando dentro inmediatamente. Siguióle Simón Storvik, que, echando mano a los remos, comenzó a remar vigorosamente.

El sol estaba ya alto y el mar brillaba hasta los confines del horizonte, dañando la vista.

—En lontananza columbrábase algunas blancas velas que, cual candidas mariposas, se deslizaban rápidas, impulsadas por la fresca brisa matutina.

En la playa, a su vez, muchos bulliciosos, sucios y desarrapados se revolcaban en las dunas mientras sus madres hurgaban en la arena buscando mariscos, tan abundantes en las costas del Adriático, o recogían conchas de las que orillaba la marea.

Algunas gaviotas de candidas plumas revoloteaban por el aire.

Vicente, el patrón, sentado a popa, miraba distraído las olas que iban a morir sobre la orilla, mientras el eslavo, que continuaba silencioso y cejijunto, impulsaba la barca hacia adelante, manteniéndose siempre a unas cincuenta brazas de la costa.

Comenzaban ya a divisarse las escolleras que defienden la

entrada del puerto de Chioggia y las macizas murallas del fuerte de San Felice cuando el lobo de mar, volviéndose de repente hacia el eslavo, preguntóle:

—Parece que estás de mal humor, Simón Storvik. ¿Es que sigues pensando en el tesoro?

En vez de responder soltó el eslavo los remos, cruzó los brazos sobre el pecho y preguntó a su vez:

—¿Os fiáis del doctor Bandi? Decidmelo con franqueza, patrón.

—¿Que si me fio...! —exclamó el lobo de mar mirando al eslavo con indignación—. ¿Qué es lo que quieres decir?

—Que nosotros no hemos leído el documento.

—¿Y qué?

—¿Quién nos asegura que no se habla en él de un tesoro?

—¿Adónde vas a parar?

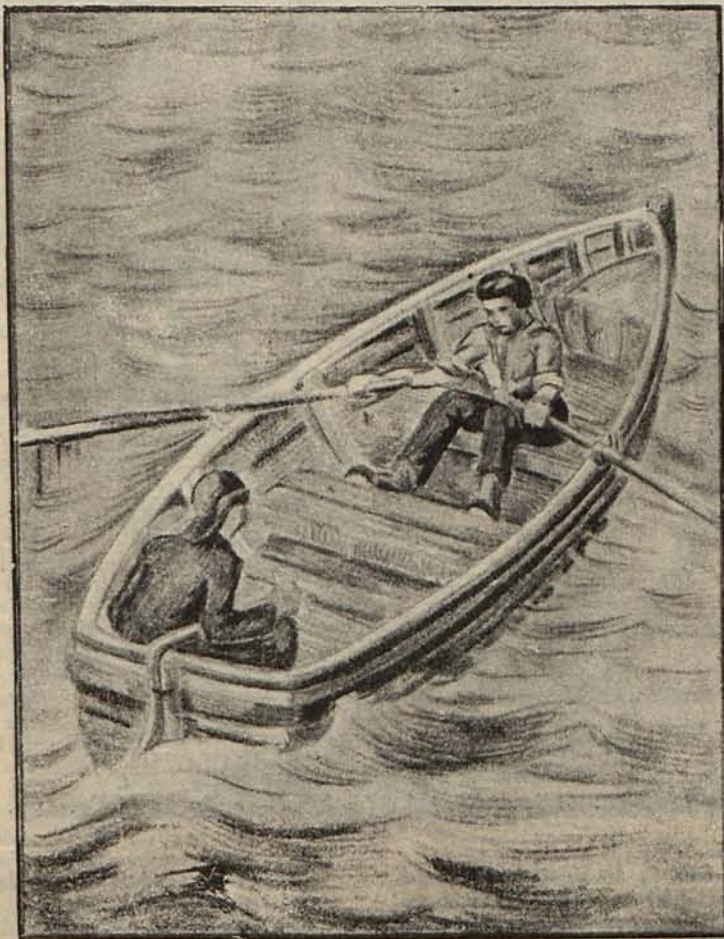
—A que el tesoro puede existir y el señor Bandi puede tener la intención de apoderarse de él.

—¿Y qué es lo que te induce a pensar en cosa semejante?

—¡Por San Pedro de Nembo...! No se gastan cien mil liras por un simple capricho.

—¡Eslavo...! —dijo el lobo de mar—. ¿Y tú osas sospechar del doctor?

—No me fio de nadie.



—¿De mí tampoco?
 —No dudo de vos; pero...
 —Continúa.
 —Es inútil que me explique.
 —¡Por todos los tiburones del Adriático! Vendrás conmigo al subterráneo. No quiero que dudes ni de mí ni del doctor.
 —No iré, patrón.
 —¿Y por qué motivo?
 —Porque no tengo ganas de exponerme a dejar la piel bajo tierra; sin embargo, os acompañaré hasta el valle del Brenta y os esperaré luego en Spezia para cerciorarme de si habéis hallado el tesoro o no.
 —¡Gigante cobarde! —exclamó el lobo de mar rojo de ira—. En cuanto lleguemos a bordo te pagaré lo que te debo e inmediatamente abandonarás mi bragozzo, ¿me oyes?
 —Poco a poco, patrón —dijo Simón Storvik riendo con ironía—. Os olvidáis, por lo visto, de que yo también me hallaba presente cuando se pescó el cofre. No quiero renunciar a mi parte.
 —¡Puedes vender las cajas si quieres, canalla!
 —Eso es poco, patrón.
 —¿Qué quieres entonces?
 —¿Yo? Nada... si nada encontráis; pero también quiero ir al valle del Brenta o...
 —¡Continúa!
 —Proclamaré a los cuatro vientos la noticia del hallazgo.

Vicente, el patrón, púsose en pie, pálido de ira, al mismo tiempo que echaba mano a la faja, entre la cual llevaba su cuchillo.

Pero el gigante lo había previsto. Soltar un remo y blandirlo amenazador fué obra de un momento.

—¡Ojo, patrón! —dijo con voz ronca.

—¡Perro de eslavo...! —rugió el lobo de mar, sacando el arma e imprimiendo a la chalupa tal movimiento que casi la hizo zozobrar.

Simón Storvik estaba pálido como un muerto.

—¿Queréis matarme? —preguntó.

—Sí, si no abandonas inmediatamente esta chalupa.

—Tengo mi caja y mis ahorros a bordo de vuestro bragozzo.

—Y me crees capaz de robarle, ¿no es verdad, Simón Storvik? —preguntó el patrón con ironía.

El eslavo no respondió.

—¡Abajo ese remo! —rugió el lobo de mar.

—¿No me mataréis después? —preguntó Simón.

—¡Cobarde, mira...!

Con desdenoso ademán, Vicente, el patrón, había arrojado su cuchillo al agua.

El eslavo bajó el remo; luego, dijo con voz sibilante:

—En cuanto lleguemos a bordo, me daréis la cuenta. Mejor es que me vaya porque, de lo contrario, acabaríamos mal.

El lobo de mar se encogió de hombros, sentándose a popa, en tanto que el eslavo volvía a empuñar los remos, y, volviéndole la espalda, comenzaba a remar impulsando con rapidez hacia delante la chalupa.

Hallábanse a la sazón a media milla de las primeras escolleras del fuerte de San Felice. Al otro lado del muelle de la desembocadura del canal balanceábase el bragozzo, impulsado por las oleadas que se agolpaban con cierta violencia entre las dos puntas de Sottomarina y Palestrina.

La tripulación, habiendo visto ya la chalupa, saludaba a su patrón izando y amainando la bandera que ondeaba en lo más alto del palo mayor.

El eslavo redoblaba sus esfuerzos por vencer a las olas, que, embistiendo contra la popa de la embarcación, traqueteábanla violentamente.

Una vez pasada la punta de Sottomarina, hallóse en bonanza, por lo que en breve tiempo pudo hallarse bajo la proa del bragozzo.

Los cuatro marineros que se hallaban a bordo echaron una gómena y una escala de cuerdas, por la cual trepó el patrón ágilmente, saltando sobre cubierta.

—¿Y qué, patrón? —preguntaron los marineros.

El lobo de mar, en lugar de responder, ordenó:

—Conducid al puente la caja de Simón Storvik.

—¡Patrón! —dijo el eslavo, poniéndose lívido.

El lobo de mar no se dignó siquiera a mirarle. Volvióle la espalda y descendió a su pequeña cabina de popa.

Poco después volvía llevando en la mano unos cuantos billetes.

—Tu paga —dijo, alargándolos al eslavo—. ¡Y ahora... vete!

Los tomó Simón Storvik, los colocó en su ancha faja y descendió luego a la chalupa, donde le esperaban dos marineros con la caja.

Apenas llegaron a la escollera tomó sus objetos y se dirigió ha-

cia las dunas, sin saludar siquiera a sus compañeros. Sin embargo, cuando llegó arriba, volvióse hacia el bragozzo, y extendiendo el puño hacia Vicente, el patrón, que estaba en pie, a popa, sobre el pequeño velero, rugió con voz ahogada por la ira:

—¡Nos veremos...!

CAPITULO IV

LA CAVERNA DEL VALLE DE BRENTA

Cuatro días después de los sucesos que acabamos de narrar, una gran chalupa, tripulada por cuatro hombres y cargada de cajones, surcaba lentamente las tranquilas aguas del valle de Brenta, costando el islote de Aleghero.

Aquel valle es más bien un pantano, interrumpido por varios islotes y un gran número de bancos de fango, cubiertos cuando la marea está alta por las aguas salobres del mar.

No hay en él más que algún que otro caserío, separados a gran distancia, y en ellos son muy abundantes las fiebres durante el verano, motivo por el que huyen de allí los habitantes.

Es una laguna tristísima, sembrada de cañaverales donde anidan las aves acuáticas, cernicalos, ánades silvestres y becadas, frecuentada por los cazadores de la vecina Chioggia; pero invariablemente durante los meses de estío.

En la barca, que se deslizaba silenciosa por aquellas aguas muertas, iban el doctor Bandi, Vicente, el patrón; Miguel y otro de sus compañeros, el jovencito moreno.

Sentados los dos primeros sobre los cajones examinaban detenidamente el dibujo del capitán Gottardi, mientras los dos marineros remaban lentamente, impedidos por la excesiva carga que apenas les permitía mover los brazos.

—La embocadura del canal debe encontrarse allí —decía el doctor, señalando una pequeña ensenada—. Mirad, Vicente: el dibujo indica el lugar con toda exactitud.

—Es verdad —respondió el lobo de mar—. El trazado corresponde exactamente a la configuración de aquella orilla.

—Allí haremos nuestras primeras investigaciones.

—¿Creéis que daremos con la galería?

—No estoy seguro de ello, Vicente.

—Quisiera saber, por lo menos, cómo intentaremos la entrada.

—Ha de haber un paso. El documento indica uno.

—Pero...

—Habla, Vicente.

—El canal es navegable, ¿no es verdad?

—Así, al menos, lo dice el documento.

—¿Y cómo lo recorreremos?

—Con un barco.

—¿Nuestra chalupa?

—Pesaría mucho para transportarla.

—No tenemos otro, señor Bandi.

—Te engañas.

—Tengo curiosidad por saber dónde le tenéis oculto.

—En uno de los cajones.

—¡Oh...! ¡Qué cosa tan extraña...!

—He pensado en todo, Vicente, y te aseguro que nada nos faltará...

—Decidme, doctor, ¿habrá en el canal aire suficiente para respirar?

—Si el capitán Gottardi ha podido mantener a sus obreros hasta llegar a orillas del Adriático, habrá sido por que encontró suficiente.

—Es verdad, ¡qué torpe soy, doctor!

—Yo no lo creo así, y...

Interrumpióse bruscamente, poniéndose en pie y señalando al lobo de mar una roca de enormes dimensiones, que se erguía junto a la orilla, al extremo de la ensenada.

—También esa roca figura en el dibujo.

—¿Y qué deducis? —preguntó Vicente.

—Se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Que el canal no está sumergido, como suponíamos.

—¡Oh...!

—Mira, ¿no ves junto a la base de la roca una abertura?

—Sí, un agujero negro.

—También está señalado en el pergamino.

—¿Servirá de acceso al canal subterráneo?

—Me lo temo, Vicente.

—Nos ahorraría tiempo y trabajo, doctor.

—¡Ya lo creo!

(Continuará en el número próximo.)





ABUQUIR, Y ABUSIR

CUENTO DE

LAS MIL Y UNA NOCHES ⁽¹⁾

Había dos hombres en la ciudad de Alejandría: uno, tintorero, que se llamaba Abuquir, y otro, barbero, nombrado Abusir. Ambos vivían en la calle del Comercio, y sus tiendas estaban contiguas.

Era el tintorero hombre bribón, mentiroso y muy malvado: no había vicio que él no tuviera. Era su costumbre exigir anticipado el salario por su trabajo, con el pretexto de que necesitaba el dinero para comprar ingredientes para las tinturas, y una vez que el cliente se lo entregaba, lo gastaba en comer y beber; después vendía las telas y disipaba su precio en comilonas y diversiones, prefiriendo siempre los manjares exquisitos y los licores que hacen perder la razón.

Si el dueño de las telas iba a reclamarlas, le decía: «Ven mañana, antes de ponerse el sol, y te las llevarás teñidas». El cliente calmaba su impaciencia y se decía: «Un día no es mucho esperar», y volvía a la hora convenida.

—Vuelve mañana —le decía el tintorero—, porque ayer estuve ocupado; hubo invitados en casa y no pude atender a tus asuntos; pero mañana, antes de salir el sol, podrás llevarte tus telas teñidas.

Y el cliente se apaciguaba y volvía por tercera vez.

—Estuve ayer muy atareado —le decía—, porque mi mujer ha estado enferma por la noche y la he tenido que cuidar durante el día; pero mañana, sin falta ninguna, ven y te llevarás tus telas teñidas.

El pobre cliente volvía a la hora señalada, y otra vez lo engañaba el tintorero con astucias y juramentos. Esto se repetía en cada ocasión que el dueño iba reclamando, hasta que el engañado se cansaba y le gritaba:

—¿Cuánto tiempo me estarás repitiendo «vuelve mañana»? Dame mis cosas, que no quiero ya tinturas.

—¡Por Dios, hermano! —replicaba el bribón—. Estoy verdaderamente avergonzado, y te diré la verdad. ¡Ojalá Dios castigue a los que perjudican a las gentes en sus propiedades!

—¿Qué es ello? ¿Qué ha sucedido? —replicaba el cliente.

—Acababa yo de teñir tus telas perfectísimamente —decía Abuquir—, las puse a secar en la cuerda y me las han robado, y no sé quién es el ladrón.

Si el cliente era hombre bueno, solía decir: «Dios me las devolverá», y se resignaba; en caso contrario, surgían disputas y cuestiones que no daban resultado alguno para el engañado, aunque se dirigiese a las autoridades.

Abuquir persistía en su mala conducta, por lo cual llegó a ser conocido de todos; estaba señalado como persona de quien se debía desconfiar, hasta el punto de que su nombre pasó a proverbio. Casi nadie iba a su casa; algunos individuos que no estaban al corriente de su proceder se dejaban todavía engañar; y siempre que recibía algún encargo había afrentas y disputas inevitables.

Abuquir se instaló entonces en casa de su vecino el barbero Abusir; se sentaba dentro, de modo que veía la puerta de su propia tienda. Y si algún desconocido que ignorase sus trapacerías venía con algo que quisiera tinter y se detenía a la puerta del establecimiento, salía Abuquir y le decía:

—¡Eh, tú! ¿Qué hay?

—Toma y tíñeme esto —le replicaba.

—¿De qué color? —le preguntaba Abuquir.

Porque aunque él era un bribón, sabía muy bien su oficio y producía todos los colores; pero en fuerza de portarse mal con todo el mundo, había caído en la miseria.

Abuquir tomaba las telas, pedía el salario anticipado y decía que vinieran a recogerlas al día siguiente. Y apenas el cliente se había marchado por su camino, Abuquir se iba al zoco, las vendía, y con su precio compraba carne, verduras, tabaco, frutas y las demás cosas que necesitaba.

Este y otros cuentos que sucesivamente hemos de publicar pertenecen a la primera traducción española de *Las mil y una noches* hecha directamente del árabe. Tiene, pues, el prestigio de una obra clásica y adjunto el interés de novedad que supone conocer por versión fidelísima e inmediata lo que hasta ahora no eran sino arreglos de adaptaciones inspiradas en textos que habían pasado por varios idiomas antes de llegar al original. Esta traducción, propiedad de la Editorial «Saturnino Calleja», ha sido hecha por D. Angel González Palencia, catedrático de la Universidad Central. No hay que decir que PINOCHO no publicará sino aquellos relatos de la famosísima colección oriental que nada contengan impropio de sus jóvenes amigos.

En cambio, si desde su rincón oculto divisaba a alguno que había sido su víctima, no se dejaba ver. Así pasó algunos años.

Hasta que cierto día un hombre orgulloso y de mal carácter le entregó unos objetos para que los tintara. Abuquir, según su costumbre, los vendió y gastó su precio. El dueño venía todos los días a la tienda y no lograba ver al tintorero. Este, según ya hemos dicho, en semejantes casos se ocultaba en casa del barbero, huyendo de sus acreedores. Y como no lo encontrara en su casa, el perjudicado se hartó y se fué ante el juez. Este envió a su delegado, que cerró y selló la puerta de la tintorería en presencia de una reunión de musulmanes, no habiendo encontrado en aquella sino algunos cacharros rotos, con los que no podía indemnizarse el cliente robado. Se llevó la llave y dijo el juez a los vecinos antes de retirarse:

—Decid al tintorero que venga ante el juez a entregar a este hombre sus telas, y allí recogerá también la llave de su taller.

—¿Qué te sucede? —preguntó Abusir a Abuquir—. A todos los que te entregan alguna cosa se la niegas. ¿Qué has hecho de los objetos que te entregó este personaje?

—Me los han robado —contestó Abuquir.

—Es asombroso —replicó el barbero— que te roben todas las cosas que te entregan. Tu casa parece una cueva de ladrones. Creo que mientes; dime la verdad.

—En efecto, vecino, nadie me ha robado nada.

—¿Pues qué haces con las cosas de los demás?

—Las vendo y gasto su precio.

—¿Crees tú que Dios permite estas acciones?

—Solamente me impulsa a hacer esto la miseria; mi oficio no produce, soy un pobre y no tengo nada....

Y Abuquir le contó detalladamente las estrecheces y penalidades de su vida.

El barbero, por su parte, le contó también los pocos rendimientos de su oficio. «Yo soy diestro como no habrá otro en esta ciudad; sin embargo, la gente no viene a mi tienda porque soy pobre. No es extraño que aborrezca mi oficio.»

—También yo —replicó el tintorero— estoy disgustado del mío, porque no hay trabajo... ¿Qué nos queda, pues, que hacer en esta ciudad? Marchémonos de aquí; corramos por el mundo, ya que cada uno tenemos nuestro oficio en la mano, y nuestra industria puede prosperar en todos los lugares; viajemos y respiraremos aire libre, a la vez que damos al olvido nuestras penas.

Y Abuquir pintó con tan bellos colores las delicias del viaje, que llegó a seducir y convencer al barbero. Por fin determinaron marchar, y el tintorero se alegró extremadamente y recitó aquellos versos que dicen:

«Deja tu país para buscar grandezas;
no temas al camino.

Los viajes tienen cinco ventajas:
disipan los cuidados, procuran la riqueza,
dan la ciencia, hacen adquirir la educación,
y ponen en relación con hombres ilustres.

El viaje, se dice, es una fuente de inquietudes
y de penas; separa los amigos y les ocasiona desgracias.
Pero ¿no es preferible morir a vivir en un país
en donde es uno desgraciado, en medio de intrigantes
y de envidiosos?»

Cuando todo estuvo presto para el viaje, Abuquir dijo a Abusir:

—Vecino: desde ahora somos hermanos; todo será común entre nosotros; debemos recitar la *Fátiha* (1), comprometiéndonos a que, si uno de los dos trabaja y gana, alimento al que esté sin ocupación, y a que el resto de lo que no necesitamos se meta en una caja; y cuando volvamos a Alejandría lo partiremos por igual.

Abusir estuvo conforme con esta proposición y recitó la *Fátiha*, consagrando la promesa de que el que trabajara y ganara había de alimentar al otro. Después cerró su tienda y envió las llaves al propietario. Abusir dejó la llave de su tintorería en poder del delegado del juez.

Tomaron sus bagajes y embarcaron en un galeón, que a

(1) *Fátiha*: primer capítulo del Alcorán. Los musulmanes lo recitan antes de algún acto importante y solemne, con las palmas de las manos extendidas y vueltas hacia el cielo.

Pronúnciese siempre la *h* en nombre árabe aspirándola como nuestra *j*.

la mañana siguiente navegaba en el mar inmenso. Por una casualidad. Abusir era el único barbero que iba a bordo, y los viajeros eran ciento veinte, sin contar el capitán y la marinería.

Cuando se dieron a la vela, el barbero dijo al tintorero: —Henos ya en el mar; necesitamos comer y beber, y nuestras provisiones son escasas; no sería difícil que algún viajero me pidiese que lo afeitara, y yo lo haría, bien por un pan o por medio *dirhem* (moneda de plata) o por un poco de agua, y ambos nos beneficiaremos con ello.

—Me parece bien —repondió el tintorero, e inclinó la cabeza y se durmió.

El barbero tomó sus navajas y su bacía y, como era pobre, se echó al hombro un trozo de tela en lugar de toalla. Recorrió los grupos de pasajeros. Uno le dijo: «Ven a afeitarme». Abusir lo afeitó, y este hombre le dió en pago medio *dirhem*. Y el barbero le replicó: «Hermano, este dinero no me sirve mucho; mejor me vendría una galleta, si me la quiere dar, porque tengo un compañero de viaje, y nuestras provisiones no son abundantes.» Entonces le dió una galleta, un trozo de queso y le llenó su taza de agua dulce. Abusir corrió hacia el tintorero diciéndole: «Ten, come este pan y este queso y bebe esta agua.» Abuquir lo aceptó todo; comió y bebió.

El barbero volvió a coger sus instrumentos, con la toalla al hombro y la bacía en la mano, y otra vez anduvo por entre los grupos de viajeros. Afeitó a uno por dos galletas, a otro por un trozo de queso; y como por todas partes se le reclamaba y era el único barbero que había a bordo, exigió por su trabajo dos galletas y medio *dirhem*. Naturalmente, antes de ponerse el sol había recogido treinta galletas, treinta monedas y una gran cantidad de queso, aceitunas y sandías: se le daba todo cuanto pedía, y los dos amigos tuvieron gran cantidad de provisiones. Llegó a afeitar incluso al capitán, y le habló a éste de su escasez de recursos. Y el capitán le dijo: «No tengas cuidado: trae todas las noches a tu compañero y cenaréis conmigo; no os preocupe nada de lo que necesitéis durante la travesía.»

Abusir fué a contar el caso a Abuquir y lo encontró todavía durmiendo. Lo llamó, y al despertarse y ver junto a sí todas aquellas provisiones de pan, queso, aceitunas y sandías, el tintorero preguntó de dónde venía todo aquello.

—De la generosidad de Dios. ¡Ensalzado sea! —le contestó el barbero. El tintorero quiso comer algo, y Abusir lo detuvo diciéndole:

—No comas, hermano, y guardemos esto para otros días. Has de saber que he afeitado al capitán, le he hablado de nuestra mala situación y me ha dicho que no tengamos cuidado alguno y que todas las noches vayamos a cenar con él: esta noche será la primera.

—Yo estoy mareado —respondió Abuquir— y no puedo moverme. Te ruego que me dejes comer de esto que hay aquí, y anda tú a cenar con el capitán.

—Me parece bien —le contestó Abusir—; y sentóse a verlo comer.

El tintorero cortaba tan grandes bocados de comida como los trozos que un picapedrero podría sacar en una cantera, y se los tragaba con la misma ansia de un elefante hambriento. Se metía un bocado antes de haberse tragado el anterior, y echaba miradas de ogro a lo que tenía en la mano, resoplando a la vez, como lo hubiuse hecho un toro sobre su pienso de paja y de habas.

En tal momento llegó un marinero y dijo a Abusir que fueran ambos camaradas a cenar con el capitán.

A la invitación de Abusir a que se levantara para ir a cenar, contestó Abuquir: «No puedo moverme.»

El barbero hubo de marchar solo. Encontró al capitán sentado ante una mesa, en la cual había más de veinte clases de alimentos, esperando, en unión de otros convidados, al barbero y su amigo. Y al ver que venía uno solo, le preguntó por su camarada.

—Señor —le contestó Abusir—, está mareado.

—Eso no será nada —replicó el capitán—; el mareo se le pasará pronto. Acércate a comer con nosotros, que ya te estábamos esperando.

—Cogió el capitán un plato de *kebab* (1), poniendo en él un poco de cada uno de los manjares, capaz todo ello de hartar a diez personas. Entregó el plato al barbero, y cuando éste acabó de comer, encargóle el capitán llevara los manjares a Abuquir. Así lo hizo Abusir, quien encontró a su camarada devorando todavía como un camello los víveres que tenía delante y tragando con la mayor avidez.

—¿No te había dicho que no comieras de eso? —le gritó Abusir—. El capitán es muy bueno y mira lo que te manda, después que le informé de que tú te mareas,

—Dámelo —replicó Abuquir; y se abalanzó sobre el plato que le traía el barbero, con la misma avidez que podrían mostrar un perro que enseña los dientes, un lobo

hambriento, un *roj* (1) cuando se abate sobre una paloma o un hombre a punto de morir de inanición que encontrara algún alimento.

Abusir lo dejó comiendo y se marchó al cuarto del capitán, con quien tomó café. A su vuelta vió que Abuquir se había comido todo y había arrojado el plato vacío. Lo cogió y devolvió a un criado del capitán. Después durmióse también hasta la mañana.

Al día siguiente Abusir continuó ejerciendo su oficio, y todo lo que le daban se lo llevaba a Abuquir, que comía y bebía y no se levantaba sino para los menesteres indispensables. Todas las noches el capitán le enviaba un plato de comida. Y en esta forma continuaron durante veinte días, hasta que el galeón ancló en el puerto de cierta ciudad,

Desembarcaron los dos compañeros, entraron en la población y alquilaron una habitación en el *jan* (2). Abusir la amuebló, comprando todas las cosas que necesitaron. Trajo carne y la coció. Abuquir, por su parte, desde que había entrado en el cuarto no hacía otra cosa que dormir; el barbero lo llamaba y le servía la comida; el tintorero se despertaba, comía y decía al barbero: «No te ocupes de mí, porque estoy mareado», y se volvía a dormir. Duró esta situación cuarenta días. Abusir cogía sus herramientas, daba vueltas por la ciudad y ejercía su oficio siempre que tenía ocasión, y a su regreso al *jan* encontraba invariablemente durmiendo a Abuquir. Lo despertaba, dándole la comida, y aquél la devoraba con el ansia de un hombre a quien nada puede saciar ni satisfacer. Abusir le decía: «Siéntate, descansa, anda a visitar la ciudad, que es sin igual, bella y animada». Mas Abuquir le contestaba siempre: «Perdóname, pero estoy mareado». Y el buen barbero lo dejaba, temiendo atormentarlo y hacerle oír alguna palabra descortés.

Pero al día cuarenta y uno Abusir cayó enfermo y no pudo salir a la calle; encargó al portero del *jan* que les trajera comida y las cosas que necesitaran, porque el tintorero sólo se ocupaba de comer y dormir. Pasados cuatro días, durante los cuales era atendido por el portero, la enfermedad de Abusir se agravó, hasta el punto de hacerle perder el conocimiento. Abuquir entonces, aguijoneado por el hambre, se levantó al fin, registró las ropas de Abusir y encontró cierta cantidad de dinero, de la que se apoderó, saliendo del cuarto, cuya puerta dejó cerrada, sin avisar a nadie. Ni siquiera el portero del *jan* lo vió salir, por estar en el zoco en aquel momento.

Abuquir se fué derecho al mercado, se compró buenos vestidos y luego se paseó por la ciudad, que le pareció la mejor de todas las ciudades. Notó que todos los vestidos de los habitantes de aquella ciudad eran precisamente blancos o azules, y no de otro color. Se dirigió a casa de un tintorero; todas las telas que tenía en su tienda eran azules. Entonces sacó un pañuelo y dijo al maestro: «Toma este pañuelo y tíntalo: aquí está tu sueldo». Este le respondió que su sueldo eran veinte *dirhemes*.

—En mi país —replicó Abuquir— esto no cuesta más de dos.

—Vuélvete a tinarlo a tu país —le contestó el maestro—; yo no te lo teñiré por menos de veinte *dirhemes* ni te rebajaré nada.

—¿De qué color me lo teñirás?

—De azul.

—Yo lo preferiría rojo.

—No sé teñir de rojo.

—Entonces, de verde.

—Tampoco sé.

—De amarillo.

—Tampoco.

Y Abuquir le enumeró toda la gama de colores, a lo que el tintorero le contestó:

—Nosotros somos en la ciudad exactamente cuarenta maestros tintoreros. Cuando uno muere, le sucede su hijo en el oficio; si no tiene hijos, se disminuye uno en nuestro gremio; si tiene dos hijos, uno ocupa su puesto, y el otro sólo en caso de fallecimiento de su hermano será patrón.

Así aseguramos el porvenir de nuestra industria. Además, nosotros no sabemos teñir más que de azul.

—Yo también soy tintorero —dijo entonces Abuquir—, y sé teñir en todos los colores; si tú quieres recibirme en tu casa como un obrero, te enseñaré a teñir en todos los matices y sobrepasarás a tus colegas.

—Jamás recibimos nosotros a un extranjero en nuestro oficio.

—¿Y si yo mismo estableciese una tintorería?

—No podrás hacerlo.

Abuquir fué a ver a otro tintorero, que le dió las mismas respuestas; y otro tanto le dijeron los cuarenta patronos; ninguno lo admitió ni como obrero ni como maestro. Entonces se dirigió al jefe de la corporación y le contó lo que sucedía.

(1) *Roj*: pájaro fantástico, muy citado en la literatura árabe, pintado siempre exageradamente grande.

(2) *Fondak*: posada de las caravanas.

(Continuará en el número próximo.)

(1) Trozos pequeños de carne asada.

ANDRÉS EL BOBO

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Cuentan que hace ya mucho tiempo, vivía en una comarca lejana un matrimonio pobre que tenía tres hijos. El mayor se llamaba Esteban, Pablo el segundo, y el último Andrés, al que por ser el más torpe se le conocía con el mote de «el Bobo». Cuando fueron hombres, concibieron los tres el propósito de salir por el mundo en busca de ocupación, y marchó el primero Esteban. Diéronle sus padres una camisa, unos calcetines y pan suficiente para el camino. Ya había andado un par de leguas, cuando se encontró con un hombre que iba en un coche tirado por caballos de hermosa presencia, y que, deteniendo el vehículo, preguntó a Pablo dónde iba. Como éste costeara que a buscar trabajo, replicó el del coche: «Yo he salido también en busca de un trabajador; de suerte que, si te conviene, puedes venirte conmigo». «¿Qué jornal voy a ganar?». «Excesivo en extremo, puesto que tendrás media arroba de pesetas cada seis meses. Ahora, que tienes que ajustarte a estas condiciones: Cuando de madrugada cante el gallo, has de empezar el trabajo, y has de hacer, además, cuanto te ordene. Y como me es grato conservar mis criados largo tiempo, aunque al principio no los contrate más que por seis meses, durará tu servicio, por lo pronto, desde ahora mismo hasta el otoño, o sea hasta la llegada del cuco. Pero te quiero hacer una advertencia: como mi temperamento es alegre y estoy siempre contento, no es de mi agrado ver caras largas y disgustadas. Por eso convenio también siempre con mis criados que el que primero se disguste de nosotros tendrá que dejarse cortar una tira de piel. Si soy yo el disgustado, pagaré en el acto íntegro el sueldo, me dejaré cortar el pellejo y podrá el criado entonces dejar mi servicio como y cuando guste. Pero si fuera él el que se enfadara, se irá de mi casa sin derecho al salario y desollado».

Un poco raras parecieron a Esteban las condiciones impuestas por su interlocutor, por lo que estuvo reflexionando antes de dar el consentimiento. El hombre del coche no era guapo, ni simpático, que digamos; pero, no obstante, tenía cierto aspecto bonachón, siempre sonriente y alegre. Esteban pensó que cuantas cosas le había dicho no eran sino bromas, hijas de su buen humor, y como, por otra parte, la retribución ofrecida era tan halagadora y extraordinaria, decidió aceptar el contrato, y montando en el coche con su nuevo amo, salieron al galope en dirección a la casa.

Llegaron a ella ya anochecido. Esteban se aposentó en el cuarto que le destinaron, y allí durmió como un lirón toda la noche. A las seis, hora en que cantó el gallo, se levantó y fué a recibir órdenes para el trabajo que había de ejecutar. Su amo le mandó que trillara en la era. Así lo hizo durante dos horas seguidas, y como nadie le llamara para desayunarse, dejó el trillo y se dirigió a la casa. En el comedor estaba sentado el amo, a la cabecera de la mesa, sin que viera en ella ninguna vianda. Pudo observar que la dueña, que andaba por allí, y que era aún más fea que el amo, y los chiquillos, sucios y desarrapados, daban muestras de haberse ya desayunado. «¿Tienes apetito?», le preguntó el amo, sonriendo y guiñando sus brillantes y pequeños ojos. «Claro que sí», contestó Esteban. «No cené anoche, y después de trabajar esta mañana más de dos horas, es natural que esté desfallecido». «Fíjate en lo que hay escrito en la mesa», le hizo observar el amo. Esteban miró como le indicaba, y leyó: «Hoy no hay comida; mañana, sí». Que-

dóse cejjunto y sin saber qué decir. Viéndole su amo en tal actitud, le dijo: «¿Estás disgustado?». «De ninguna manera», contestó él; y se fué nuevamente a la era, en donde halló un pedazo de pan que se comió con avidez, diciéndose que por un día podía pasar de ese modo, puesto que aquello sería una genialidad de su amo para probarle. Continuó trillando hasta el anochecer, hora en que se acostó con un hambre voraz. «Mejor», se dijo: «con más deseos tomaré el desayuno mañana». De madrugada se levantó y se dirigió a la era para continuar la trilla. Y como tampoco le llamaran para desayunarse a la hora de costumbre, su desconsuelo fué grande y su desesperación mayor. Cuando dieron las seis, dejó el trillo y se fué a la casa, en la que todo estaba como la mañana anterior. «¿Tienes apetito?», le preguntó el amo. «Ya lo creo, y me parece que con sobrada razón, pues que ayer no comí nada, a pesar de haber trabajado durante todo el día, y hoy, por lo que veo,

me parece que vamos por el mismo camino». «Mira lo que el letrado dice hoy», le advirtió el amo. Esteban vió que decía lo mismo que el día anterior: «Hoy no hay comida; mañana, sí». «Bien, pues ahora es mañana y no me conformo con las tonterías de este hombre», pensó Esteban, «ya que no es justo eso de que trabaje constantemente sin poder comer nunca». «¿No estarás disgustado?», le preguntó sonriendo el amo. «Sí que lo estoy, porque no es éste el modo más humano de tratar a los criados». «Bien; ya conoces las condiciones en que te contraté», repuso el amo; y sin replicar más palabra, se levantó, y en un momento le cortó una tira de la piel.

En esas condiciones salió el infeliz de la casa y tomó el camino que conducía a la suya, que se le figuró más largo de lo que era en realidad. Sin cesar un momento, andando durante varios días, llegó al fin, enfermo, hambriento y lleno de dolores insufribles.

Su hermano Pablo, al enterarse de lo ocurrido creyó que Esteban

se había desperdiciado una gran ocasión y que era fácil tener contento a aquel amo. Y, ni corto ni perezoso, emprendió el camino para ofrecerle sus servicios. Tuvo la suerte de encontrarle, aceptó su contrato y se fué con él. Resistió hasta tres días, trabajando constantemente, sin obtener nada y sin que le dieran de comer ni beber. Pero al cuarto día perdió la paciencia, se disgustó sobremanera y sufrió igual tratamiento que su hermano. Como éste, regresó a su casa hecho una lástima.

Excusado es decir el disgusto que se llevaron los padres. Entre tanto, Andrés el «bobo», andabade un lado a otro de la casa sin pronunciar palabra. A la mañana siguiente salió y, tomando el camino que siguieron anteriormente sus hermanos, le sucedió lo propio que a ellos: se encontró con aquel hombre, ya entrada la noche, y le preguntó a dónde se dirigía:

«A buscar trabajo», contestó. «Entonces acaso te convenga quedarte conmigo, porque salí de casa con el propósito de buscar un trabajador bueno y diligente». «¿Qué jornal he de ganar?», repuso Andrés. «Te pagaré media arroba de pesetas cada seis meses. Pero te impongo la condición de que has de estar contento como yo, y si te disgustas, consentirás que te corte una tira de piel. Mas si fuere yo el disgustado, me lo harás tú a mí y te daré en seguida el dinero convenido para que te vayas a donde te acomode». «Bien, ya verá como nos llevamos perfectísimamente», dijo Andrés.



«Así lo creo yo también», contestó el hombre con socarronería; y se reía tanto, que dejada al descubierto sus negros colmillos. «Ya sabes», siguió diciendo, «que te quedarás conmigo hasta la vuelta del cuco, en cuya época terminará nuestro contrato, si otra cosa no lo impidiere; y todas las mañanas, al cantar el gallo, has de dar comienzo a tu trabajo y procurar hacer las cosas como yo te lo ordene.»

Quedó Andrés conforme, subió al coche y se dirigieron a la finca. Ya en ella, condujeron a Andrés al mismo departamento que habían tenido sus hermanos, sin que le dieran nada para cenar. No obstante, durmió durante toda la noche tranquilamente. A las seis se levantó y se dirigió a la era. Transcurrió una hora sin que le llamaran a tomar el desayuno, y entonces regresó a la casa.

«Buenos días», dijo Andrés. «¿Es hora ya de desayunarse?» «No hemos hablado ni una palabra de eso en nuestro contrato», le contestó el amo. «Fíjate en el letrero que hay en la mesa.» Andrés no sabía leer muy bien; pero, al fin, deletreando, vió que decía: «Hoy no hay comida, mañana sí.» «Falta mucho para que llegue el día de mañana», replicó Andrés, «si bien pueden suceder muchas cosas entre tanto.» «Pues aliméntate con trigo», insinuó el amo, riéndose maliciosamente a carcajadas. Andrés, entonces, se fué otra vez a la era, trilló y aventó el grano, y a la hora de la comida, llenando un saco de aquel cereal, se lo llevó a un ventero que vivía por allí cerca y le dijo: «Mi amo y yo hemos convenido en que, como no puede darme de comer en su casa, me sustente con trigo, y deseo saber si podría usted darme de comer a cambio de este que le traigo.» El ventero lo aceptó de buen grado y dió a Andrés una buena y abundante comida, tanta, que se hartó y llenó después con los sobrantes la bolsa y el zurrón que al efecto llevaba. Volvió después a la era y siguió trillando. De esta forma pasaron tres días, sin que

Andrés mostrase disgusto alguno, toda vez que seguía entendiéndose con el ventero, a quien le entregaba cuanto trigo le pedía por mantenerlo. El amo no dejaba de preguntar a Andrés todas las mañanas si tenía algún disgusto, a lo que este contestaba sin vacilar: «No, mi amo; ¿por qué he de estar disgustado si me hallo admirablemente a su servicio?» Al cuarto día el amo, extrañado, le preguntó: «¿No tienes apetito?» «No, absolutamente ninguno.» «¿No has comido nada durante los últimos tres días?» «Ya lo creo que sí; no me ha faltado nada, pues me sostuve con lo que usted me aconsejó: hay un hombre que me da de comer y beber a cambio de un saco de trigo que le llevo diariamente.» «¿Qué dices?», gritó el amo, iracundo. «¿No estará usted disgustado por eso, mi amo?», replicó Andrés con toda tranquilidad. «¡No, claro que no!», dijo

el amo, variando de tono y de actitud. «Pero he pensado darte otra clase de trabajo, ¿sabes, Andresito? Prepara la reja del arado y después sigue al perro, que conoce muy bien estos sitios, y en donde se acueste empieza la tarea y la sigues hasta que el animalito desee regresar a casa.» «Muy bien, mi amo, al momento», contestó Andrés con aire complaciente.

Al poco rato salió tras el perro, que después de una hora larga de camino, se tumbó. Entonces comenzó Andrés a ejecutar las órdenes de su amo. Así pasó toda la mañana. Llegado el medio día, como continuase el perro acostado sin dar señales de querer levantarse, tomó Andrés el látigo y le hizo que saliera corriendo en dirección a la casa. Luego cortó las cuerdas de los caballos de labranza, y montando en uno de ellos marchó a escape detrás del chuco. Cerca ya de la casa tomó el camino más corto y saltó al jardín. Andrés hizo lo propio; pero los caballos se espantaron de tal modo que cayeron y se llenaron de contusiones, deshaciendo los macizos de flores. Al estrépito salió el amo, y al darse cuenta del desastre empezó a reñirle. Andrés le respondió: «He hecho lo que usted me ha ordenado: seguí al animalito, labré y he tomado después el camino que eligiera. ¿Supongo no estará usted disgustado conmigo?» «No, claro que no», le contestó el amo, conteniendo su furia. Al día siguiente no vió ya el célebre letrero escrito en la puerta. Pasó algún tiempo, durante el cual llevó Andrés una vida excelente. Comía de un modo opíparo, sin hacer ninguna clase de trabajo, pues no le convenía al amo ocuparle en nada, a excepción de la limpieza de los corrales, operación que efectuaba con gran esmero y diligencia.

Un día el amo y su mujer fueron convidados a una boda que se celebraba en casa de unos amigos que vivían a alguna distancia de la finca. Poco antes de marcharse dijo el amo a Andrés: «Saca el coche de lujo y límpialo bien con aceite por todas partes.»

Andrés, para ejecutar las órdenes, se proveyó de un barril lleno

y untó con él todo el vehículo, incluso los asientos. Cuando hubo terminado la operación fué en busca de su amo y le dijo: «Ya he hecho cuanto usted me ha ordenado; sobre todo, los asientos están brillantísimos.» «¿Estás loco?», rugió el amo. Pero dominándose al instante, puso hipócrita sonrisa y le dijo que no tenía necesidad de haber limpiado más que las ruedas. Luego le rogó que limpiase el aceite de los asientos.

Al partir el coche el amo explicó a Andrés lo que tenía que hacer mientras ellos permanecían ausentes. Y, entre otras cosas, le ordenó que cegase el pozo viejo para evitar que los chiquillos cayeran en él. «Perfectamente», contestó Andrés. «Se hará como usted desea.» Una vez que se hubo quedado solo, Andrés pensó en la orden recibida para cegar el pozo. Pero como el amo no le había manifestado la forma en que había de hacer la operación, echó unas cuantas paletadas de tierra, y viendo que no conseguía su objeto, entró en la casa, y tomando cuantos muebles y objetos halló a su paso: mesas, armarios y demás, los arrojó al pozo, con lo cual quedó completamente cegado. Al regresar el matrimonio y encontrarse la casa completamente vacía, llamaron a Andrés. «¿Pero qué es esto?», rugió furioso el amo. «¿Dónde demonios te has llevado los muebles?» «Llené con ellos el pozo viejo», le contestó respetuosamente. ¿Supongo que no estará usted disgustado?» «¡De todos modos — le replicó el amo — has hecho una barbaridad y es inaudita tu torpeza! ¡Vete, vete, pues, y déjame en paz, que por ahora no tengo en qué ocuparte! ¡Te daré el dinero convenido ahora mismo!» «¡Ca, no señor, nada de eso; me hallo aquí muy bien, y según el trato que hicimos, no debo marcharme!» «Bien», dijo el amo ocultando su ira. «Vete a acostar y apártate de mi vista.» «Bueno, que pase usted buena noche y que duerma tranquilo, amo mío», dijo Andrés con cierto aire de ironía.



Quando el amo se quedó a solas con su mujer fué tal su indignación y tanta su rabia, que por poco le da un ataque de apoplejía. «¿Qué hago con este bribón, sinvergüenza? ¡Y no puedo echarle!» «Yo creo — le dijo su mujer — que hay un medio para librarnos de esa calamidad de hombre. Puesto que tiene que irse cuando venga el cuco, y aún falta tiempo para que llegue esa época, vamos a engañarle. Untame de alquitrán, envuélveme en plumas y ayúdame a subir al árbol más grande de la finca. Desde él imitaré el canto del cuco y Andrés, seguramente, me tomará por él.

«Bueno, pondremos ese ardid en práctica»; aceptó el marido.

En efecto, al día siguiente, mientras Andrés estaba sentado junto a su amo, desayunándose, se oyó en el jardín claramente el canto del cuco:

«Pon atención, Andrés, escucha cómo canta el cuquito.» «Sí que lo parece — contestó Andrés —; pero tengo que verlo para convencerme de su presencia. Me sería muy grato ser el primero en ver a ese animalito tan simpático.»

Y diciendo esto, salió al jardín, cogió una piedra y la arrojó con violencia contra las ramas del árbol donde se ocultaba la mujer. Esta, asustada, se tiró al suelo y salió corriendo.

«Venga, mi amo, y vea que cuco tan raro es este!», exclamó Andrés.

A los gritos acudió el amo, y al ver lo ocurrido no pudo reprimir la rabia y prorrumpió en maldiciones e improperios contra Andrés, que le preguntó, imperturbable: «¿Se enoja usted, mi amo?»

No pudiendo contenerse por más tiempo, ni dominar su indignación y su furia, el amo gritó, nervioso: «¡Sí! ¡Estoy tan desesperado que me parece que voy a saltar hecho pedazos!» Y al decir esto, temblaba de tal modo que su actitud imponía espanto. Andrés, siempre cachazudo, sin darle mucha importancia, dijo: «Bueno, está bien; indignese y disgustese cuanto quiera; veamos el contrato y analicemos lo que dice y cómo según él puedo yo, en cuanto usted se disguste, cortarle una tira de pellejo.» Y sacando un cuchillo de enormes proporciones se dispuso a hacerle sufrir el castigo.

Como viera el amo que Andrés no desistía de hacer justicia, entró más que volando en la casa, y con harta diligencia puso a su disposición la media arroba de pesetas, precio en que contrataron los servicios que había de prestarle, y le añadió media más para que le perdonase el castigo. Andrés accedió y se marchó con el dinero a la casa de sus padres, que le recibieron contentísimos.

De allí en adelante fueron todos ricos y felices, y aquel malvado hombre no volvió en lo sucesivo a intentar aprovecharse de las desdichas y del trabajo ajeno.

Y comprenderéis que desde entonces Andrés ya no fué llamado «el hobo», sino el listísimo.

COLORÍN Y SU PANDILLA

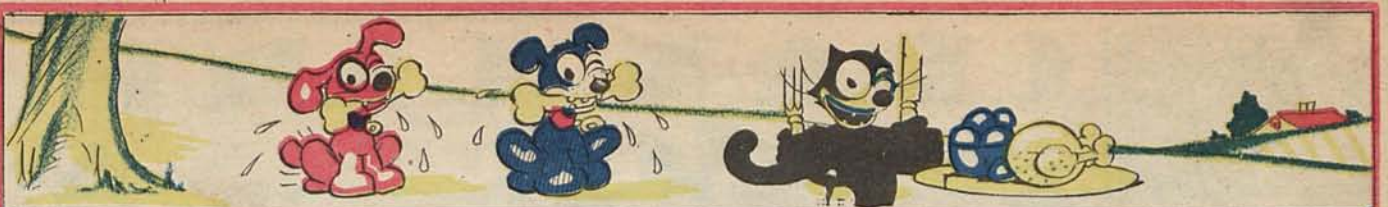
BRANNER





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





Paco Morronguis, el gato travieso

<p>OIGA, BUEN HOMBRE, SI ME CORTA AQUEL TRONCO SECO, SE GANA USTED UNA MERIENDA MAGNÍFICA.</p> <p>ENCANTADO, SEÑORA. ¡AHORA MISMO!</p>	<p>¡CARAMBA, ESTO NO ES TAN FÁCIL COMO YO CREÍA!</p> <p>YO ESPERO A QUE ACABE ¡A VER SI ME TOCA ALGO DE LA MAGNÍFICA MERIENDA!</p>	<p>¡AHHH! ¡QUE SUEÑO TENGO! DESCANSARÉ UN RATO.</p> <p>¡¡QUÉ HOLGAZÁN!! ¡Y SE TUMBA! ¡ADIOS PITANZA!</p>
<p>¡HOMBRE, ESOS HUESOS...! ¡SE ME OCURRE UNA IDEA!</p>	<p>¡VAYA HUESO!</p>	<p>¡QUE LO SUELTES!</p> <p>¡SUÉLTALO TÚ!</p>
<p>¡QUÉ HUESO TAN COLOSAL!</p>	<p>¡ES MÍO!</p> <p>¡ES 'PA' MÍ!</p>	<p>¡VAYA UN TIO TRABAJANDO! ¡YA ESTÁ EL TRONCO EN EL SUELO!</p>
<p>¡POBRE HOMBRE! ¡ESTARÁ RENDIDO. LE DEJARÉ AQUÍ LA COMIDA HASTA QUE SE DESPIERTE.</p>	<p>¡CORRE, PACO, QUE TELA HAS GANADO!</p>	<p>© 1925, by King Features Syndicate, Inc. [Crown] British rights reserved.</p> <p>927 ~ PAT SULLIVAN ~ 12</p>

LA OFENSIVA DE PINOCHO

CONTADO - CALDERÍN - EDORÉS
SERIE: "PINOCHO CONTRA THAPETE"

YA LLEGAN LAS PASCUAS. ¿QUÉ REGALO MEJOR PARA LOS NIÑOS QUE LAS ESTUPENDAS Y DIVERTIDÍSIMAS AVENTURAS DE PINOCHO? APRESURAO S A HACER FELICES A LOS PEQUEÑUELOS, ELLOS OS LO AGRADECERÁN.

PINOCHO FUTBOLISTA

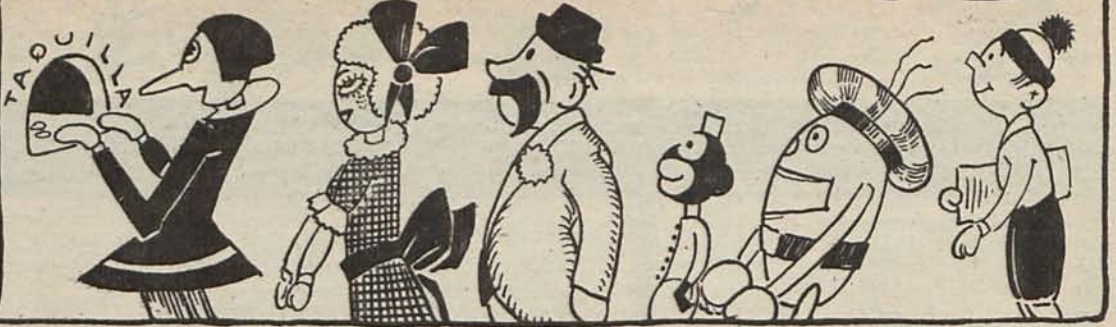
CONTADO - CALDERÍN - EDORÉS
SERIE: "PINOCHO CONTRA THAPETE"

PROGRAMA
PARA HOY

EL
SUBMARINO
SECRETO

¡Sensacional!

GRAN CINE



En guardia.



«No sé qué le encuentro de sospechoso a Mr. Jasper Barney; pero, desde luego, hay motivos más que de sobra para que mi jefe me haya enviado a esta casa con este disfraz.»

El que así hablaba consigo mismo era un muchacho de unos catorce años, con la cara llena de pecas y el cuerpo enfundado en un estrechísimo uniforme de botones. Volvió a mirar con precaución por encima del muro que le ocultaba, y su vista tropezó con los bultos de dos hombres que, escondidos en la sombra de unos árboles, dialogaban animadamente.

Se encontraban a unos cincuenta metros de distancia y por eso no le era posible coger ninguna palabra de lo que hablaban; pero por sus vivos ademanes se adivinaba que trataban algo de mucho interés para ellos.

Uno era hombre de aspecto voluminoso y vestía traje de calle; el otro lucía el uniforme azul y el sombrero de dos picos que usan los marinos.

El botones que los vigilaba atentamente no era otro que Bob Smithers, el valeroso ayudante del intrépido detective Paddy Darrell.

Detrás de Bob, en aquel sitio tan aislado de la costa, se erguía una casa: era la residencia de Mr. Harry Carey, célebre inventor, que había construido un maravilloso modelo de submarino notablemente perfeccionado.

Mr. Harry había escrito días antes al detective pidiéndole ayuda. Sospechaba que a su alrededor se tramaba una conjura para apoderarse de su invento y estaba dispuesto a impedirlo por todos los medios necesarios. Ignoraba quiénes la dirigían y con qué fines, y era preciso descubrirles y desbaratar sus planes.

Paddy Darrell, interesado en el esclarecimiento de otro asunto, no pudo acudir inmediatamente; pero envió a su ayudante Bob, quien, disfrazado de botones al servicio de Mr. Carey, comenzó las investigaciones en espera de la llegada de su jefe.

Por eso Bob no perdía de vista cuantas escenas de interés se desarrollaban en la casa y por eso vigilaba a aquellos dos hombres.

El que vestía uniforme de marino ignoraba Bob quién pudiera ser; el otro era Jasper Barney, mayordomo de Mr. Carey.

A Bob le inspiró desconfianza Barney desde el primer momento. Sus ojos de experto detective encontraron bien pronto en aquel individuo actitudes misteriosas, no muy en consonancia con el cargo que ocupaba, y se dedicó a espiar todos sus pasos.

Todas las tardes, a aquella misma hora, el mayordomo salía cautelosamente del edificio, como temiendo ser visto, para reunirse con el desconocido personaje de uniforme de marino. Pero a Bob le era imposible acercarse para escuchar su conversación y tenía que resignarse a permanecer alejado para no echar por tierra los planes de su jefe:

—¡Ya tendré ocasión de vigilarte más de cerca! —murmuró Bob—. Con pocos datos que pueda darle de ti a Paddy, averiguará quién eres.

Los dos hombres a quienes vigilaba se separaron. El marino desapareció entre los árboles y Barney, el mayordomo, regresó a la casa.

Bob advirtió que el lugar donde se verificaban aquellas reuniones estaba tan escondido, que no se veía desde ninguna de las ventanas del edificio.

Como ya era anochecido, Bob pudo fácilmente ocultarse entre la oscuridad, y dando un pequeño rodeo penetró en la casa por una puertecilla lateral.

Cuando el mayordomo entró en la cocina, ya estaba allí Bob, con aire indiferente, muy atareado limpiando unos cubiertos. Barney pasó por su lado sin casi fijarse en él, y Bob marchó al antecomedor para guardar los cubiertos que había limpiado.

Al atravesar un pasillo, salió al encuentro de Bob un hombre joven, de aspecto simpático: era Harry Harold, el célebre inventor, propietario de la casa. Hizo una seña a Bob, y éste se le acercó.

—Acabo de recibir un telegrama de Mr. Darrell —murmuró en voz baja—. Anuncia que llegará dentro de una hora, y dice que vaya usted a aguardarle a la carretera.

—Está bien, Mr. Carey —respondió Bob.

Y sin pronunciar más palabras se separaron, como si Mr. Carey

le hubiese dado a Bob alguna orden relativa al servicio de la casa. Ninguno de ambos se dió cuenta de que, mientras conversaban, a sus espaldas se abría sigilosamente una puerta, y tras ella, escondido, el mayordomo Barney escuchaba toda la conversación.

Después la puerta se cerró con la misma suavidad que se había abierto y tras ella desapareció el rostro del espía, animado de irónica sonrisa.

...

Una hora más tarde, un magnífico automóvil subía por la empinada cuesta que conducía a la «Casa del Escarpe», que así se denominaba la mansión del inventor.

Sentado ante el volante iba un hombre afeitado, de rostro anguloso y enérgico y penetrantes ojos de color de acero. Aunque de figura esbelta, se adivinaba en sus hombros, anchos y recios, que poseía musculatura de atleta.

Al penetrar en la carretera que conducía a la casa observó un bulto que aguardaba tras los árboles. Conforme se acercaba vió brillar los botones de un uniforme.

—¡Apostaría la cabeza a que ése es Bob! —murmuró. Y al observar que el que aguardaba levantaba los brazos saludándole, apretó los frenos y detuvo el coche junto al árbol.

Entonces reconoció la gorra de cuadros y la bufanda que habitualmente llevaba su ayudante.

—¡Hola, Bob! ¿Qué tal marchan las cosas por aquí?

—No del todo mal, jefe.

—¿Parece que estás un poco ronco?

—Sí, me he resfriado. Hace mucho frío en esta casa. Le estoy aguardando a usted hace ya rato, pues Mr. Carey me transmitió su aviso.

—¿Has descubierto algo?

—Sí. He notado que en esta casa ocurren cosas muy raras, y hasta sospecho de determinada persona. Ya le contaré. Si quiere que entremos, lo haremos por un camino secreto que he descubierto. Así no corremos el peligro de ser vistos por esa gente.

El detective llevó el auto a un lado del camino, dejándole oculto entre el ramaje. Luego se bajó y echó a andar con su ayudante.

—Tengamos como consigna el silencio —murmuró Bob.

Paddy asintió con la cabeza y siguió detrás de su guía.



Bob entra en acción.



Tardaron más de media hora en llegar a la verja que rodeaba la «Casa del Escarpe». Los últimos cien metros los recorrieron muy despacio, porque el muchacho insistió en la necesidad de ir de rodillas por entre la maleza para no ser vistos. Al llegar a una ventana semiculta, dijo Bob:

—Por aquí podemos entrar sin que lo noten. Ya verá usted qué sorpresa se lleva cuando le enseñe lo que he descubierto.

El muchacho escuchó un momento ante la ventana; luego, al convencerse de que no había nadie por aquellos alrededores, saltó dentro de la casa, seguido por el detective. Encontráronse en un pasadizo enlosado, frío y húmedo. Le atravesaron andando de puntillas. Terminaba en unas escaleras, que bajaron, encontrándose en otro pasillo parecido al anterior.

La oscuridad era completa; pero Bob, sin vacilar, se dirigió a una oculta puerta y la abrió. Ambos penetraron en aquella estancia, oscura como boca de lobo.

Una repentina sospecha invadió al detective. Cogió rápidamente por el cuello al botones y encendió al mismo tiempo la linterna eléctrica, enfocándosela al rostro.

Entonces pudo verle bien la cara:

—¡Tú no eres mi ayudante, infame! ¿Dónde está Bob!

El falso botones lanzó un silbido. Instantáneamente, como respuesta a su señal, la estancia se inundó de luz, y varios hombres se abalanzaron contra el detective, reduciéndole a la impotencia.

Uno de los agresores, era el mayordomo, Jasper Barley.

—¡Atad! —ordenó éste.

La orden fué cumplimentada inmediatamente. La mayor parte de los agresores eran sin duda expertos marinos, porque en menos de un minuto amarraron perfectamente al detective, que quedó en el suelo sin poder hacer movimiento alguno.



—Ahora vamos a lo nuestro —dijo Barney—. No tenemos tiempo que perder.

Y dirigiéndose al detective, añadió, en tono irónico:

—¿Qué opina de esto el célebre Mr. Darrell? ¿Se la hemos jugado bien, verdad? Ahora, en sus barbas, nos vamos a llevar el submarino.

El detective lanzó una mirada de desprecio a su interrogador.

Barney salió, seguido de sus cómplices, dejando allí encerrado al detective. Después de atravesar el pasadizo enlozado, se detuvo para decir al falso botones que había sustituido a Bob:

—Quédate aquí, Sam, esperando a Joe. Cuando venga, os vais juntos en seguida al embarcadero secreto.

Sam quedó solo, y para distraer su aburrimiento comenzó a silbar un aire popular.

Si Sam se hubiera dado cuenta de lo que ocurría en una habitación cercana al pasadizo en que él se encontraba, no hubiese estado tan tranquilo. En ella se encontraba Bob, que, atado y amordazado como su maestro, hacía desesperados esfuerzos para librarse de las ligaduras.

Después de un buen rato de forcejar y retorcerse desesperadamente, consiguió aflojar las cuerdas. Luego, todo fué obra de un instante: forzar la cerradura y aparecer violentamente en el pasillo, ante los ojos asombrados de Sam.

—¡Lo he visto todo, miserable! —gritóle Bob—. ¿Conque tú eres el que ha tomado mi puesto? ¡Ahora ajustaremos cuentas!

El primer impulso de Sam fué gritar pidiendo auxilio; pero al comprender que no podían oírle, midió a Bob con la mirada, como calculando sus fuerzas.

Pero antes de que se hubiera podido apercebir, recibió una lluvia de puñetazos, que Bob, como un pequeño hércules, le propinó diestramente.

—¡Y éstos no son más que unos cuantos de los que te tengo preparados, bandido! —gritaba el ayudante del detective, mientras le sacudía a más y mejor.

Sam no pudo resistir aquella avalancha, aquella granizada de puñetados, y cayó al suelo completamente derrotado. Bob le arrastró hasta la habitación donde le habían tenido a él prisionero, y en un abrir y cerrar de ojos, le ató de pies y manos con las mismas cuerdas.

—Ahora voy a buscar al jefe. En cuanto lo encuentre, volveré a darte otra ración. Y luego, buscaremos a tus compañeros para darles la parte que les corresponde.

Se lanzó al vasadizo, y se puso a gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Mr. Darrell! ¿Dónde le han metido?

No tardó en dar con su jefe. En pocos momentos le libró de las ligaduras, y ambos se dispusieron a partir en busca de los otros malhechores.

—¡Si viera usted, Mr. Darrell, cómo le he puesto las narices a ese sinvergüenza de Sam! —dijo Bob alegremente—. ¡Ya no volverá...!

Al llegar aquí se detuvo bruscamente.

—Silencio, jefe —añadió en voz baja—: alguien se acerca.

Efectivamente, a lo largo del pasadizo se oían los pasos recios de un hombre.



El submarino perdido.



Bob se puso en pie. En el marco de la puerta apareció un hombre.

—¿Qué haces aquí, Sam? —le preguntó el recién llegado.

—Nada; he venido a vigilar a nuestros prisioneros —contestó Bob, fingiendo cuanto podía la voz de Sam.

—Y los otros, ¿se han marchado ya a la cueva?

—Sí, y me encargaron que te lo dijese, para que fueras a buscarlos.

—Bien; entonces vente tú también para allá —contestó el desconocido, que no era otro que Joe—. No tardes; dejaré abierta la puerta.

Joe se alejó por el pasadizo. Cuando le oyeron abrir la puerta de salida, dieron un suspiro de satisfacción.

—¡Uf! —exclamó Bob, cortando las cuerdas.

—¡Gracias a Dios! —dijo el detective, poniéndose en pie—. Ese hombre nos mostrará el camino de la cueva. Sigámosle. Razón tenía Mr. Carey el sospechar que alguien trataba de apoderarse del submarino. ¿Sabes tú dónde estará ahora Mr. Carey?

—No lo sé, jefe. Pero supongo que esa chusma se habrá apoderado de él y lo tendrán atado en cualquier parte. ¡Dios sabe dónde!

El detective y su ayudante salieron, y recorrieron el pasadizo, muy pegados a las paredes, para que no les sorprendieran. El pasadizo volvía bruscamente hacia la derecha y terminaba luego en unas escaleras. Las bajaron y penetraron en una cueva. El detective encendió la linterna de bolsillo.

—Allí veo una puerta entreabierta, jefe.

La atravesaron y volvieron a descender escaleras y a atravesar pasadizos. Parecía que iban a parar al centro de la tierra.

Al llegar al final de una de ellas, se quedaron sorprendidos por el espectáculo que ante su vista se presentaba: ante ellos ha-

bía una cueva, casi llena de agua y alumbrada por bombillas eléctricas.

Una rampa conducía hacia el agua, y encima de esta rampa, presto a ser botado al agua, había un pequeño submarino. No faltaba para lanzarlo más que quitar un pequeño bloque de madera que lo sostenía.

Los malhechores se encontraban todos a bordo. Dos de ellos, de pie, en la torre, se disponían a izar, por medio de cuerdas, el cuerpo de Mr. Harry Carey.

Bob dió un prodigioso salto adelante, y rápido como el rayo, empuñando la navaja que siempre llevaba consigo, cortó las cuerdas que sujetaban a Mr. Carey.

De la torre salió un grito de alarma. Joe se descolgó por una cuerda desde proa y empujó el bloque de madera que sujetaba el submarino. Este se deslizó con rapidez sobre el agua y desapareció bajo la corriente de la cueva.

El inventor contempló con desaliento la rampa vacía.

—¡Me han robado el submarino! Pero gracias a la oportuna intervención de ustedes, no podrán ir muy lejos —exclamó.

—¿Por qué? —interrogó, curioso, el detective.

—Porque sin mí no pueden gobernarle; por eso pretendían llevarme a bordo con ellos, seguramente para obligarme a conducirles hasta un puerto extranjero.

—Podemos seguirles hasta que se vean obligados a subir a la superficie —dijo el detective.

—Sí; no hay más remedio que emprender su persecución, porque si se empeñan en maniobrar con las máquinas, acabarán por quemarlas —repuso el inventor—. Tenemos un medio para ello.

Seguido del detective y de Bob se internó por un túnel y los condujo a la orilla del mar. Allí cerca había un pequeño embarcadero, y atada en él una canoa automóvil.

Sin perder un momento se embarcaron en ella.

Mr. Carey hizo funcionar el motor; Bob desató la cuerda que sujetaba la canoa a la orilla y emprendieron la marcha. No habrían recorrido más de cien metros cuando divisaron a corta distancia, primero, la torre cónica del submarino, y luego la cubierta completa.

Indudablemente ocurría algo grave en el interior de la nave, porque llevaba abierta la torre y de ella salían gritos e imprecaciones.

—¡Lo que yo me temía! —exclamó el inventor—. La maquinaria del submarino acciona mediante un compuesto químico en polvo, que, manejado por manos inexpertas, puede producir graves accidentes...

No había aún acabado de pronunciar estas palabras, cuando vieron que algunos de los tripulantes del submarino trepaban hasta la torre y que otros se arrastraban sobre cubierta.

De pronto salieron por las aberturas de la torre llamaradas azuladas. El submarino corría lanzando chorros de vapor. Los malhechores gritaban, aterrados ante el peligro de morir abrasados por el fuego o ahogados en el mar.

—Si los recogemos en nuestra canoa, nos dominarán, y seremos vencidos por ellos —exclamó el inventor, dudando entre sus caritativos sentimientos y el instinto de conservación.

No fueron muy largas sus dudas.

Los potentísimos rayos luminosos de un reflector rasgaron las tinieblas de la noche y proyectaron sus vivos resplandores sobre el submarino. Procedían de un barco de guerra que pasaba por allí cerca, y que acudió al divisar las llamas que envolvían al submarino.

Mr. Carey dirigió hacia él la canoa. Rápidamente subieron a cubierta y, dándose a conocer, informaron al comandante del barco de lo que ocurría.

Este mandó arriar algunos botes y procedieron a la salvación de los tripulantes del submarino.

Luego apagaron los marineros el incendio, bajo las órdenes del inventor.

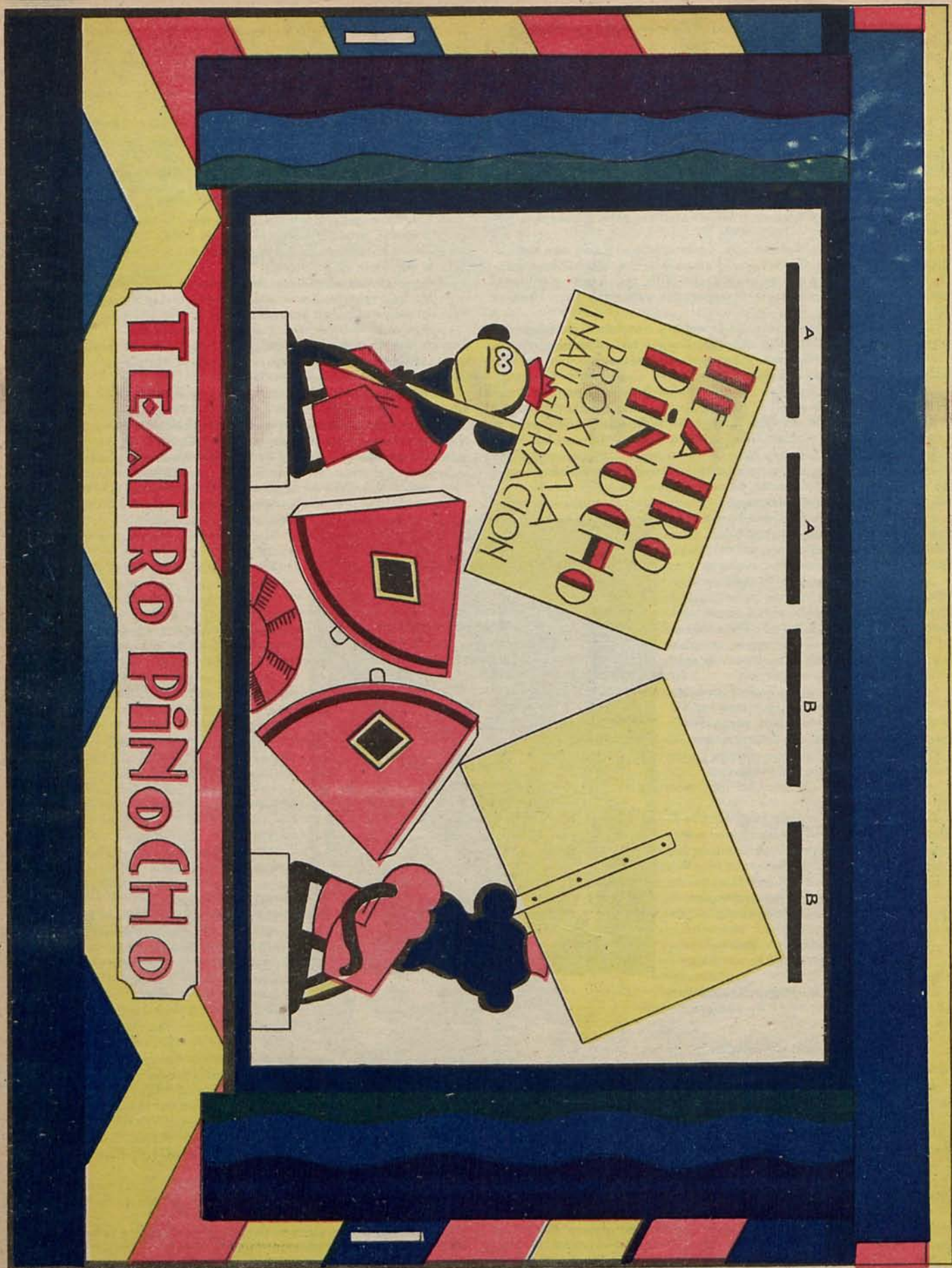
Los malhechores fueron encerrados en la barra del barco y el submarino remolcado hasta el puerto más próximo, donde desembarcaron Mr. Carey, el detective y Bob y entregaron a las autoridades a Barney y a sus cómplices.

Después se descubrió que Barney era agente de una potencia extranjera que le había prometido gran cantidad de dinero si conseguía apoderarse del invento. Para ello, su primer paso había sido entrar de mayordomo en casa de Mr. Carey, y fácilmente hubiera llevado a cabo sus planes sin la oportuna intervención del detective y su ayudante.



¡HA TERMINADO!





COMO SE COLOCA EL EXTINTOR.



EL TEATRO DE PINOCHO

¡Ahí es nada! Pinocho se barrena con el dedo su frente de madera buscando la idea de todas las semanas para el cuarto de los juguetes, y la idea se asoma... ¡Menuda idea!

A nuestro director se le ha ocurrido nada menos que construir a cada uno de vosotros un teatro que, como es natural, llevará su ilustre nombre. Ahora bien, no creáis que Pinocho hace su teatro como negocio, no. Pinocho no es así, ya lo sabéis vosotros. Pinocho os regala su teatro, seguro de que con ello os va a proporcionar muchas horas divertidas.

Por lo pronto, vosotros tendréis que ayudarle: tendréis que ser los albañiles de este teatro. Para ello no tenéis más que cortar los materiales que iremos publicando y pegarlos y armarlos según los planos y las indicaciones que os daremos. Con eso haréis un entretenido ejercicio de habilidad, y al final veréis lo bonito que resulta, una vez terminado el gran *Teatro Pinocho*.

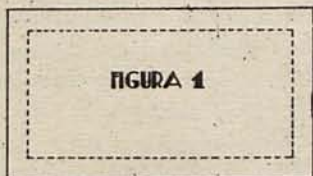


FIGURA 1

Claro es que vosotros diréis: ¿Qué función vamos a dar nosotros, si no tenemos ni telones, ni decorados, ni actores, ni muebles, ni siquiera obras que representar?

Pero Pinocho dejaría de ser un muñeco genial si dejara olvidadas estas cuestiones tan importantes. Veréis cómo ha resuelto él ya todas estas cosas.

En seguida publicará el telón, porque no está bien que el público vea cómo se ponen las decoraciones. Y no sólo un telón de lujo, sino también su telón de anuncios para los entreactos y su telón metálico contra incendios para colocarlo después de la función y así tenerlo asegurado de un siniestro. Claro es que para esto también daremos extintores de incendios recortables y un bombero recortable, para que esté sentado durante la función como en los teatros de verdad.

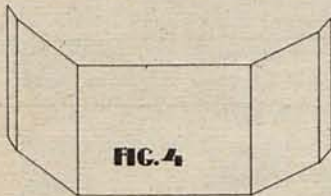


FIG. 4

Después comenzaremos a publicar el repertorio del *Teatro Pinocho*, que será verdaderamente selecto y divertido. Se compondrá de comedias, magias, farsas, guiñolescas, aventuras, reducciones de las obras maestras; en fin, hasta zarzuelas que publicaremos con su música y todo, muy fácil, para que sea ejecutada por mamá o por la hermanita que esté aprendiendo piano.

Y como estas obras no se pueden representar sin actores ni decorado, PINOCHO publicará todas las decoraciones necesarias para las obras que hayan de estrenarse y los muñecos con los trajes en que hayan de presentarse al público.

Así, en poco tiempo, os encontraréis con un teatro precioso y con diez o doce obras representables con todo lo necesario. ¿Qué tal?

Bueno; pues Pinocho todavía no cree que ha hecho bastante. Entre una obra y otra irá contribuyendo a que su teatro no carezca del menor detalle. Publicará una orquesta recortable y de tamaño apropiado para que pueda colocarse delante del escenario. También hará la taquilla, que será un quiosco recortable, muy original, para que Pirula venda las localidades. Además de esto se publicará un bar recortable, que será el «Bar Currinche», donde se servirán refrescos en los entreactos. Un Don Turulato recortable puede ser el jefe de la *claque*, que es el que dispone cuándo se ha de aplaudir. Un Don Pirulí será, naturalmente, el vendedor de caramelos, y Chonón el acomodador de los pequeños espectadores, con una gorra galoneada. Para ambos lados del escenario publicaremos palcos recortables. Entra los abonados figurarán los señores Barones de la Castaña, el sabio Don Polipasto y otras ilustres personalidades.

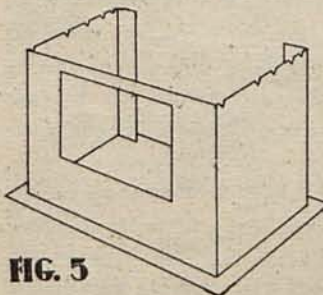


FIG. 5

También publicaremos los carteles, en negro y colores, que anuncien las funciones del *Teatro Pinocho*, y las localidades que debéis vender, o regalar, al público que haya de asistir a un teatro tan divertido.

Además..., bueno, no adelantemos más. Ya se nos ha ido la lengua y hemos dicho demasiado. Además, muchas otras ideas magníficas que os iremos diciendo. Con lo que hoy hemos dicho hay para estar bien contentos, ¿no...? Pero Pinocho no tiene límites cuando su imaginación se remonta por los aires.

Y lo que dice lo hace, lo convierte en una realidad espléndida y sus amigos no quedan nunca descontentos, ¿verdad?

¡Por eso Pinocho tiene tantísimos amigos en todo el mundo!



FIG. 6

Cómo se construye el «Teatro de Pinocho».

¡Ya está aquí el *Teatro de Pinocho*! ¿No os dijimos que iba a ser una cosa estupenda? Nuestro director de madera no hace a medias las cosas.

Ya tenéis al mono *Macaco* (recortable, como puede verse, para pegar sus dos caras a una cartulina) anunciando la próxima inauguración del teatro que Pinocho os va a regalar.

La construcción no puede ser más fácil, y aún más para vosotros, que estais bien entrenados en esto de recortar y pegar cartulina. No hay más que tomarlo con entusiasmo y en un rato está el teatro armado y el público impaciente por ver las funciones.

En cartulina blanca, o azul, o roja, cortáis una hoja que tenga justamente la proporción de veintinueve centímetros por diez y seis. Esto que a primera vista parece difícil, ya comprenderéis que no lo es. Papá o un hermano mayor os podrá prestar una regla graduada y hasta, si los cogéis de buenas, os toman las medidas ellos mismos, con lo cual tendréis la base del teatro, donde pegaréis el escenario en la forma que indica la figura 1. Claro es que también, si no queréis daros este pequeño trabajo, o si os conviene mejor conservar suelto y plegable, para poderlo guardar en cualquier sitio el *Teatro de Pinocho*, podéis prescindir de esta primera indicación. Si optais por cimentar el edificio, procurad que sobre de cartulina, por cada lado, un margen de dos centímetros alrededor.

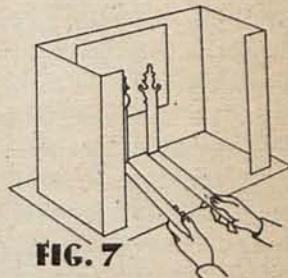


FIG. 7

Después, en cuanto tengáis la embocadura y los laterales que publica PINOCHO, los recortaréis para pegarlos en una tira de cartulina de cincuenta y tres centímetros de ancho por diez y nueve de alto. Cuando esté todo muy bien pegado abris la ventana, que es la boca del escenario, y recortáis con mucho cuidado los piquitos en donde después tenemos que colocar las decoraciones. Todo quedará, o debe quedar, por lo menos, como en las figuras 2 y 3.

Ya no nos queda más que hacer los dobleces indicados (figura 4), y el saladísimo *Teatro Pirriño* quedará armado en la forma que podéis ver en la figura 5. El teatro, lo que se puede llamar el edificio, está ya construido y hace un efecto sorprendente.

Ahora bien, para poder representar comedias nos faltan, además de las comedias, los personajes y las decoraciones, que iremos dando en números sucesivos. Por hoy sólo indicaremos la forma en que debéis pegar los personajes a una tira larga de cartulina, recortando el contorno de la figura y doblando el resto en la forma que indica la figura 6, para poderlos mover tan fácilmente como puede verse en la figura 7, dejándolos ocultos en el rincón cuando no tengan que salir a escena. Además os aconsejamos que, para no sufrir terribles equivocaciones, escribáis el nombre del personaje en el extremo de la tira que debéis mover. Así no se dará el caso lamentable de sacar a escena a la bruja Malastripas cuando deba salir el Hada bienhechora, o de sacar a la pastora en lugar de la carroza del rey.



FIG. 8

En cuanto a las decoraciones, debéis pegarlas y recortar después con mucho cuidado, añadiéndoles una tira larga de cartulina o cartón fino para colgarlas en los telares (figuras 8 y 9).

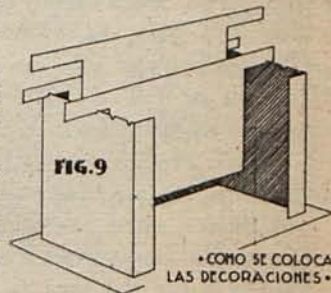


FIG. 9

• COMO SE COLOCAN LAS DECORACIONES •

¿Enterados?

Pues ahora no hay más que esperar a la inauguración oficial de tan elegante coliseo. Para entretener, mientras ésta se celebra, la natural ansiedad de estar deseando ya mover los monigotes y declamar las obras teatrales, podéis ir pegando los extintores de incendios, después de haber hecho de ellos un cucurucho y colocarlos en sus soportes especiales.

También podéis emplear vuestra actividad en la fabricación del billete de teatro, según el número de butacas que le pongáis, y también los carteles anunciadores, como los que se ven por las esquinas. («¿Cuándo?», «Muy próxima inauguración», «El mejor teatro de la capital», etcétera, etc.)

En seguida tendréis los telones y todo lo demás.

El *Teatro Pinocho* se inaugurará con...

¡El mayor éxito del año!

En el número próximo empezaremos la publicación de la estupenda comedia de magia, en tres actos, representable en este teatro, titulada

LA PRINCESITA LIMPIA

HISTORIAS DE ANIMALES

UN GALLO DE CAMPANARIO

Perfil en el aire, el gallo del campanario se aburría. Y es natural. A cualquiera de nosotros nos pasaría lo mismo si tuviéramos que estar de veleta sobre un campanario, y doblemente si antes nos hubieran prensado, como se prensan las flores entre las páginas de un libro, para que así, delgados, hechos lámina, sirviéramos a los caprichos del señor Norte, del señor Sur, del señor Este y de su primo el señor Oeste.

El gallo de campanario se aburría y bostezaba por su pico abierto, abierto al cielo como si quisiera alimentarse con el trigo que guardan esos grandes sacos que son las nubes.

—Es muy triste estar aquí así un día y otro día, haga frío, o llueva, o granice, o tueste el sol, hasta dorarme a fuego, hasta asarme como asan a las aves de verdad, de los corrales a ras del suelo. No sé volar, que es lo que mejor me convendría, y no sé ni puedo volar, aunque supiera, porque los gallos de los campanarios somos unos gallos imperfectos, sin alas que tender al aire. Es muy pesado ser la barquilla de los vientos y mirar de un lado a otro después de haberme vuelto loco a dar vueltas cuando parece que me soplan por todas partes. ¡Si pudiera escaparme de aquí!

Mientras esto decía, sintió ruido debajo, no donde las campanas, cuyo ruido le era conocido, y también el vuelo de sus faldas al remontarse en los repiques, sino sobre la pirámide del campanario. Un ruido como de colchón, un ruido a paja y a sueño.

—¿Quién vive? —dijo con su *kikiriki* metálico que le prestaba el eje cuando tenía que dar vueltas.

Contestaron de abajo. Era una cigüeña, una cigüeña que había estado mucho tiempo buscando piso, hasta que encontró aquella iglesia en un sitio tan céntrico, y fabricó allí su nido de paja, redondo como un púlpito.

Hicieron amistad para tejer las tardes: el gallo, arriba siempre, mirando a todas partes, y la cigüeña, un poco más abajo, mirando también, asomada a su balcón.

—¡Al menos, usted puede volar, salir al aire batiendo alas y dejándose las patas atrás! ¡Pero yo...!

—Usted puede dar vueltas... —le decía la cigüeña, que era muy buena, para consolarle—. Yo no podría dar vueltas sin marearme.

Se fué anudando la amistad, y un día el gallo dijo a la cigüeña:

—Mire usted, tengo que ir a un recado. ¿Quiere usted guardarme el sitio mientras?

—Bueno —contestó la cigüeña, que era muy complaciente—. ¿Qué hay que hacer?

—Hay que estar de centinela de los vientos.

—Muy bien.

Y la cigüeña se quedó de veleta, y el gallo bajó del campanario como pudo, diciendo:

—Ahí te quedas, que lo que es yo no vuelvo a estar ahí de títere.

Y bajó a la calle y se fué del pueblo, mirando a atrás

de vez en cuando para reírse de la pobre cigüeña, que se mantenía arriba muy derecha, presumiendo de veleta.

A andar los caminos se fué el gallo de campanario.

Cuando quería comer, no le faltaba de qué en el suelo de los caminos.

Siempre hay clavos de esos que revientan los neumáticos y herraduras para los que buscan la buena suerte. De comer bien, fué engordando el gallo, hasta el punto de no parecer ya una veleta, perdida su delgadez extraplana.

¿Qué buscaba por el mundo el gallo de campanario? ¿Qué se le había perdido fuera de su equilibrio de lo alto de la veleta y del pararrayos?

Buscaba un hogar, un corral propio. Quería casarse y tener muchos pollitos hijos, que pieran como puertas desengrasadas. Pero, ¿dónde encontrar una gallina que le quisiera por esposo?

Hasta que la encontró, como se encuentra en este mundo todo lo que se busca con ilusión.

Estaba la gallina de hierro, su media naranja, de muestra sobre la puerta de una huevería. El gallo no tuvo más que hacer su *kikiriki* para ser atendido.

Después se tumbó a esperar, a esperar lo que tenía que suceder.

El huevero, cuando vió a la puerta de su tienda un gallo de hierro, dijo:

—¡Vaya! ¡Ya tengo la pareja! Ahora mi huevería será la mejor de la ciudad.

Y plantó al gallo junto a la gallina, que piaba llena de felicidad. ¡También se aburría ella sola, la pobre!

Pero con lo que nadie contó es con que la gallina pudiera tener huevos. ¿Y eso?

Pues, sí señor; empezó a poner huevos, y cada huevo que ponía era un escándalo, porque eran unos huevos del tamaño de los

de verdad, pero de hierro macizo. ¿Cómo los iba a poner una gallina de hierro? Y le caían en la cabeza a los que pasaban por la calle.

La gente protestaba de aquellos huevos tan duros y tan dañinos, hasta tal punto que el pollero tuvo que quitar la pareja de hierro y llevársela al corral.

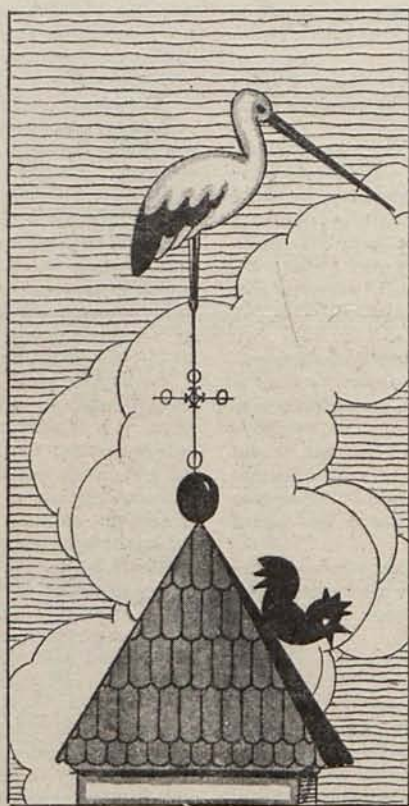
Así, todos contentos. Los gallos y las gallinas se encuentran muy a gusto en los corrales. El pollero recogía todos los días sus buenos huevos de hierro, que, vendidos al peso, le dejaban buenas pesetas.

—¿Y la cigüeña que se quedó de veleta, por ser tan complaciente? —diréis vosotros.

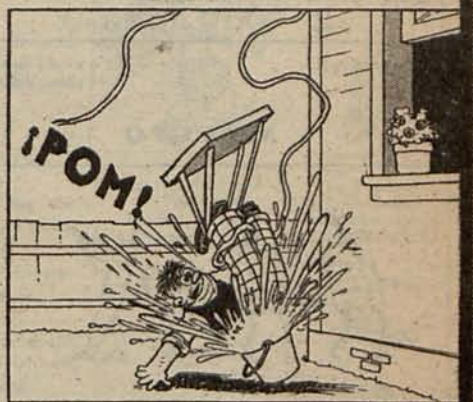
Pues allí se quedó para siempre; y como a la gente le hizo gracia el cambio de ver siempre un gallo de hierro y encontrarse ahora una cigüeña viva que se volvía a un lado y a otro como si la llamasen, le echaban pan valiéndose de las ondas de los pastores y de los gomeros de los niños, y la cigüeña cogía el pan con el compás de su pico largo, y estaba muy contenta de la vida.

En mis historias todo suele acabar a gusto de todos.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.



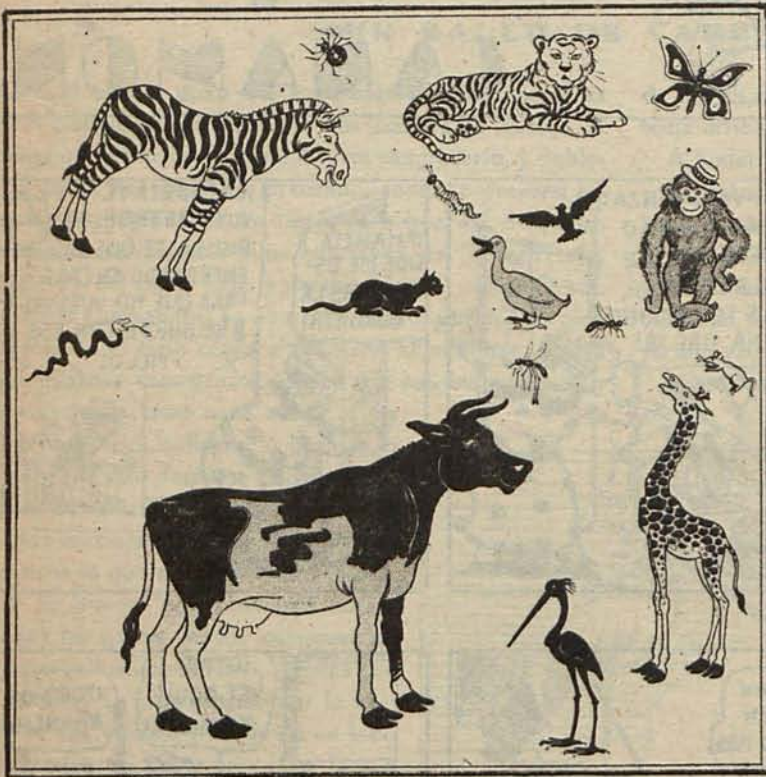
POTIPÁN Y CAÑAMÓN



CONCURSOS PERMANENTES

EL DE PROBLEMAS

PROBLEMA

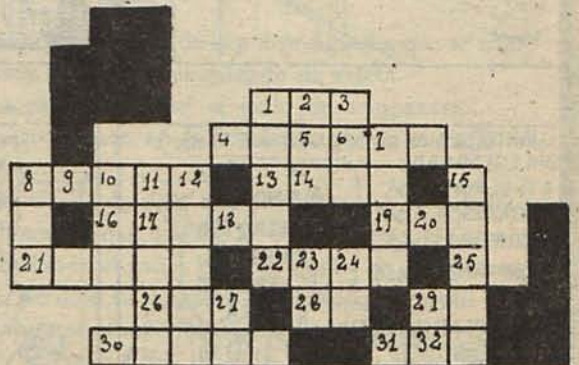


Aquí tenéis 26 fieras sueltas, dispuestas, al menor descuido, a devorarse unas a otras. Para evitar esto, el dueño de esta «menagerie» ha mandado construir cinco paredes, dispuestas de tal manera que formen diez y seis departamentos, quedando dentro de cada departamento un animalito. Las paredes, representadas por líneas. ¿En qué dirección y forma serán trazadas estas líneas para que resulten de su trazado 16 departamentos?

(Fuera de concurso.)

LA LIEBRE

Palabras cruzadas.



Lista de indicaciones.

HORIZONTALES

1. Consonantes.—2. Tiempo de verbo.—4. Provincia española.—5. Ciudad.—8, 9, 13 y 14. Tiempo de verbo.—16 y 18. Idem.—19. Para alumbrar.—20. En la baraja.—21. Pueblo navarro.—22. Imperativo.—26. Tiempo de verbo.—28. Nota.—29. Preposición.—30. Tiempo de verbo.—31. En el mar.—32. Artículo.

VERTICALES

1. Nombre de varón.—2. Idem de hembra.—6. Infinitivo.—7. Herida.—8. Doce meses.—10. De esta manera.—11. Cuadrúpedos.—12. Las tienen las focas.—15. Ducado.—16. Afirmación.—17. Amarras.—23. Infinitivo.—24. Consonante.—25. Artículo.—26. Naipes.—27. Tiempo de verbo.—29. Artículo.

120. P. Sección B.

LUIS FLÓREZ DE LOSADA.
Doce años. Segovia.

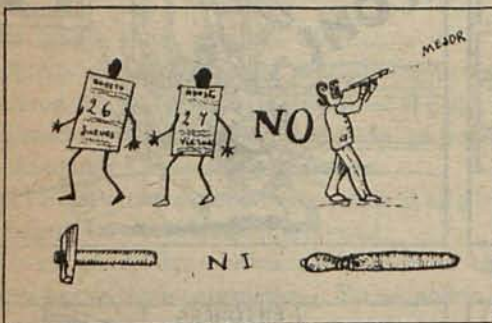
JEROGLÍFICO



121. P. Sección B.

GLORIA GÓMEZ.
Doce años. Valladolid.

ADAGIO



122. P. Sección B.

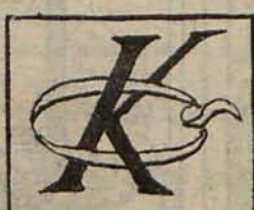
VÍCTOR FERNÁNDEZ.
Once años. La Magdalena.

MAL TIEMPO



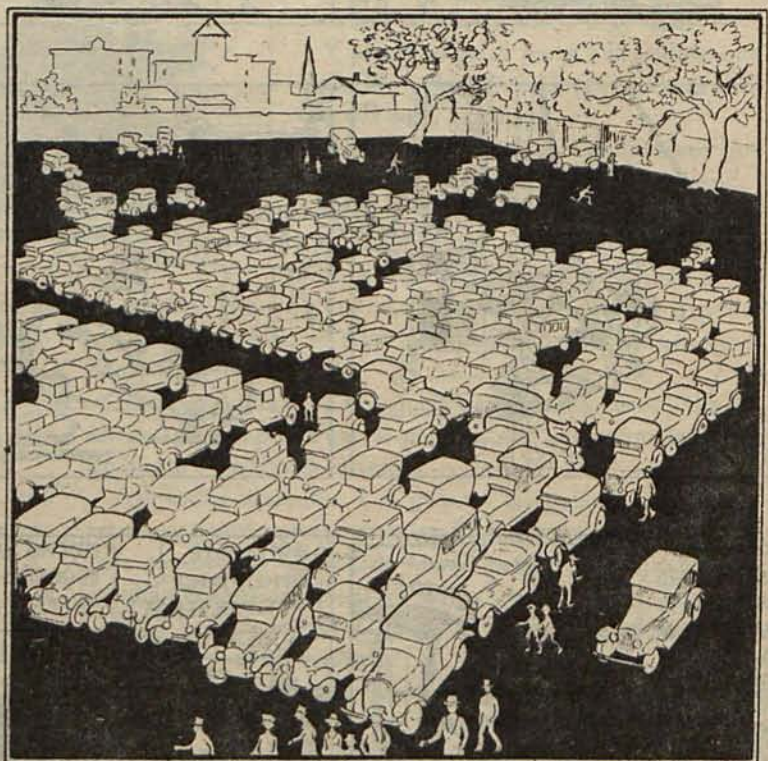
MAURICIO GARRÁN.—Valladolid.
125. P. Sn. B. Doce años.

POBLACIÓN



MAXIMINO FERNÁNDEZ.—Miranda de Ebro.
124. P. Sn. B. 14 años.

EJERCICIO DE OBSERVACIÓN



Alguna vez habréis pasado por alguna plaza pública o por delante de un teatro a la hora de salir el público y habréis visto muchos automóviles parados, como ocurre en este dibujo. ¿Habeis pensado alguna de estas veces: Cuántos autos habrá aquí parados?

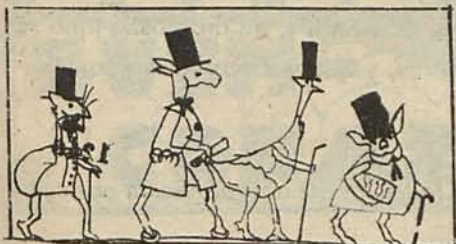
Acordándose de que esto suele ocurrir con frecuencia, y de que esta pregunta no suele tener contestación, o si la tiene suele ser muy equivocada, he mandado hacer este dibujo para que hagáis ejercicio de observación y aprendáis a calcular. Mirad un instante este dibujo varios amigos y calculad el número de autos que hay; el niño que más se aproxime al número exacto ganará el premio que hayáis estipulado. (Fuera de concurso.)

Las condiciones completas para este Concurso y sus premios se han publicado en núms. anteriores de PINOCHO

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :: HISTORIETAS :: CHISTES ILUSTRADOS :: CHISTES SIN ILUSTRAR :: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

DIBUJOS



Los conejales de mi pueblo.

CARMEN RAMOS GUERBÓS.
Ocho años. Málaga.

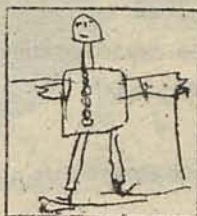
605. D. Sección A.



Un amigo de papá.

M.^a LUISA ANASAGASTI.
Ocho años.

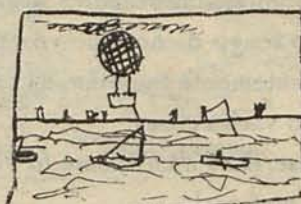
606. D. Sn. A.



JOSÉ M.^a ANASAGASTI.

Cinco años.

607. D. Sección A.



En la playa.

ALFONSO TUDELA.
Nueve años.

608. D. Sección A.



Mi muñeca favorita.

TERESA A. DE MONTALVO Y AYAUZ.
Siete años.

609. D. Sección A.

Las apariencias engañan.

Erase un hombre llamado Tricón, que tenía una hija muy bonita. Los dos, muy pobres, vivían contentos y felices, y se ganaban la vida yendo de pueblo en pueblo acompañados de dos monitos: *Cascarrabias* y *Kiko*. Florinda —que así se llamaba la hija— bailaba y tocaba la pandereta, y Tricón hacía saltar y brincar a *Cascarrabias* y *Kiko* a más y mejor. Transcurría el tiempo; pero un día Tricón se puso gravemente enfermo, y apareciéndosele un enano con una joroba tremenda, le dijo: «Yo le curo a usted a cambio de la mano de Florinda.» Tricón, que quería mucho a su hija, rechazó, desconsolado, la oferta del enano. Florinda, que había escuchado la conversación, y para salvar a su padre de una muerte segura, prometió al enano casarse con él. Más tarde consiguió, al fin, convencer Florinda a su padre, dando éste la mano de su hija al feo y jorobado enano.

Señalado el día de la boda, se reunió muchísima gente del pueblo en que se hallaban, asombrados del casamiento tan raro; y en el mismo instante en que se celebraban las bodas Tricón, se puso inmediatamente bueno, y el feo y jorobado enano se convirtió en un príncipe, el que explicó había sido encantado por un mal brujo hasta que una hermosísima niña consintiera en casarse con él.

Y colorín colorado, mi cuento ha terminado.

74. C.

ENRIQUE TAMAYO.
Diez años. Segovia.

El diamante.

Un padre tenía tres hijos, y viendo que se aproximaba la hora de su muerte, pues era muy anciano, llamó a sus tres hijos y les dijo:

—¡Hijos míos! deseo repartir mis bienes entre vosotros; por lo tanto, tenéis que marcharos de viaje, y al cabo de tres años volved a la casa paterna.

A la mañana siguiente marcharon los tres hermanos, cumpliendo el orden del padre.

Pasaron los tres años, y cada uno de ellos volvió al punto de partida.

El primero se acercó a su padre y le dijo:

—Un día paseaba por un campo y vi a un hombre que se caía al suelo; me acerqué a él y le prodigué los cuidados necesarios. Momentos antes de expirar me confió una bolsa repleta de dinero. Viendo que no me pertenecía, la entregué a la viuda.

—Lo que hiciste —repuso el padre— era tu obligación; y si no hubieras entregado el dinero a la viuda hubieras sido un ladrón.

El segundo hermano añadió:

—Atravesaba un camino, cuando de pronto oí unos gritos; me volví, y vi que era un niño que se estaba ahogando en un riachuelo. Me eché al agua y le salvé.

—Tú también has cumplido con tu deber —le contestó el padre—; de lo contrario hubieras cometido una falta muy grande.

El hermano menor prosiguió:

—Explorando una montaña encontré a un hombre durmiendo junto a un precipicio, expuesto a caerse. Me acerqué a él, y vi que era mi mayor enemigo. Olvidé todas sus ofensas y le desperté.

—¡Hijo mío! —exclamó su padre—: ¡tú has ganado mi fortuna, o sea el diamante, pues has devuelto el bien por el mal!

Y a los pocos momentos murió el padre.

75. C.

MARCELITO DESLANDES.
Doce años. San Sebastián.

La conversión de una hermana.

En un pintoresco pueblecito vivía una pobre viuda llamada Rosalía, la cual tenía dos hijas: Emilia y Azucena. La primera contaba diez y nueve años; la menor, quince. Emilia era discolpa y orgullosa; la menor, un ángel de candor y bellísima.

Un día el rey mandó pregonar que la joven, de la clase que fuera, que le hiciera un presente con el cual hiciera desaparecer la tristeza de su hijo, la haría princesa casándola con él.

Todas las jóvenes del reino acudieron con espléndidos regalos. Emilia se esmeró en el suyo; en cambio, Azucena, más modesta, sólo le presentó un bouquet de azucenas y violetas.

El príncipe a todas las miraba con indiferencia; pero al presentarse Azucena con el suyo, la tomó de la mano, y arrodillándose ante el rey, le dijo: «¡Padre mío: ésta elijo para esposa!»

Al ver Emilia que elegían a su hermana, comprendió que la virtud todo lo alcanza, y de soberbia y orgullosa se volvió dócil y humilde, y al año siguiente tomó el hábito de religiosa.

76. C.

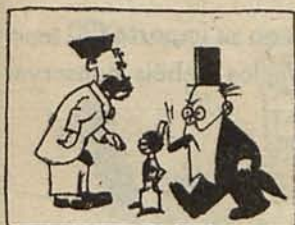
VISITACIÓN MORCELLINO.
Doce años. Alicante.



El arrastre.

SEGUNDO SANTABÁRBARA.
Doce años. Madrid.

610. D. Sección B.



Los amigos de Pinocho.

JOSÉ MARIA SOLER.
Trece años. Escorial.

611. D. Sección B.



Acorazado.

M. ESQUIVIAS.
Doce años. Sevilla.

612. D. Sección B.



Ayer y hoy.

NELIDA ADELA SARDÁ CAINZO.
Once años. Buenos Aires.

613. D. Sección B.



Pinocho.

ANTONIO PIZZI.
Doce años. Larache.

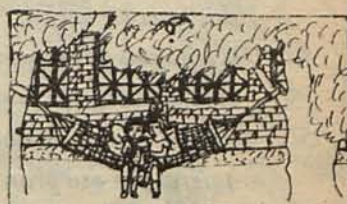
614. D. Sección B.



Mi hermanita Conchita.

ROSARIO CASTAÑO ARAGONÉS.
Diez años. Madrid.

615. D. Sección B.



Mis amiguitas.

MARÍA LUZ MARTÍNEZ.
Once años. Madrid.

616. D. Sección B.



Margarita.

EDUARDO CARTERO.
Ocho años.

617. D. Sección A.



El perrito de Pinocho.

M. DEL C. RODERO.
Diez años.

618. D. Sección B.



Para el fondo del mar.

F. PASTRANA.
14 años. B. Aires.

619. D. Sección B.



La Pepona.

J. G. SALA.
Trece años. Gijón.

620. D. Sección B.



Miss Pirula.

ELENA OLANO.
621. D. Sn. B.



La florista.

VÍCTOR FERNÁNDEZ.
Once años.

622. D. Sn. B.



Pinocho.

J. G. A. SALA. M.
Trece años.

623. D. Sección B.



Viajeros.

PEDRO GUAL.
11 años. Barcelona.

624. D. Sección B.

¡VAYA NÚMERO!

Esta exclamación se me ha escapado al ver el colosal fruto de mis cavilaciones que tenéis delante. Me apuesto cincuenta centímetros de nariz a que todos vosotros, queridos Pinochistas, habéis dicho lo mismo al ver esta locura de cosas bonitas, interesantes y graciosas; este diluvio de historietas, de cuentos, de dibujos..., ¡qué sé yo! No, si ya os lo tengo dicho, que yo no me canso de discurrir para distraeros, y que vuestro cariño constantemente recibiría, constantemente también, su recompensa!

Ahora necesito varias cosas:

- 1.^a Que me escribáis diciéndome lo que os parece este número (así serán todos, desde ahora... hasta que sean todavía mejores).
- 2.^a Que me digáis qué es lo que más os gusta y qué es lo que menos os gusta de mi periódico tal como ahora está.
- 3.^a Que me digáis si se os ocurre alguna cosa más que yo pueda hacer para daros gusto: porque como pueda, es cosa hecha.
- 4.^a Que hagáis propaganda entre vuestros amigos para que el ejército de los Pinochistas, ya tan formidable, crezca sin cesar y sea tan numeroso como las arenas del desierto.
- 5.^a Que me consigáis nuevos suscritores. Este será un gran favor. Y yo, siempre grande, siempre generoso, quiero que ese gran favor tenga su recompensa. Y para ello he decidido **CONCEDER COLOSALES PREMIOS** a los Pinochistas antiguos suscritores (y a los que ahora se suscriban), que consigan hacer nuevos suscritores y nos envíen las suscripciones con su importe correspondiente. **ATENCIÓN, QUE AHORA VIENEN LAS COSAS ESTUPENDAS.**

PRIMERA COSA ESTUPENDA.—Por cada suscripción **nueva** de un año, que con su importe (20 pesetas) me remita un Pinochista suscriptor, recibirá un *Cupón-regalo*. Estos *Cupones-regalo* los debéis conservar. Cuando tengáis varios, los podréis canjear por regalos en la siguiente forma:

Enviándome **3 cupones regalo**, recibiréis **una pluma estilográfica**.

Enviándome **6 cupones regalo**, recibiréis **un balón de fútbol**.

Enviándome **10 cupones regalo**, recibiréis **un reloj de pulsera de plata**.

Enviándome **25 cupones regalo**, recibiréis **una máquina fotográfica**.

Enviándome **50 cupones regalo**, recibiréis **un reloj de pulsera de oro**.

Enviándome **100 cupones regalo**, recibiréis **una magnífica bicicleta**.

SEGUNDA COSA ESTUPENDA.—Además, por cada suscripción nueva de un año que me remitáis con su importe, os regalaré un **lote** de cincuenta números para la rifa de

¡¡CINCO MIL PESETAS EN METÁLICO!!

que se sortearán en cuanto esté repartido el **lote** núm. 10.000.

TERCERA COSA ESTUPENDA.—En Navidad de 1926 regalaré **MIL PESETAS** en metálico, al Pinochista que más suscripciones me haya enviado, siempre que su número pase de ciento como minimum.

Con que, ¡a trabajar! Con bien poco esfuerzo podéis obtener esa lluvia de regalos y de pesetas.

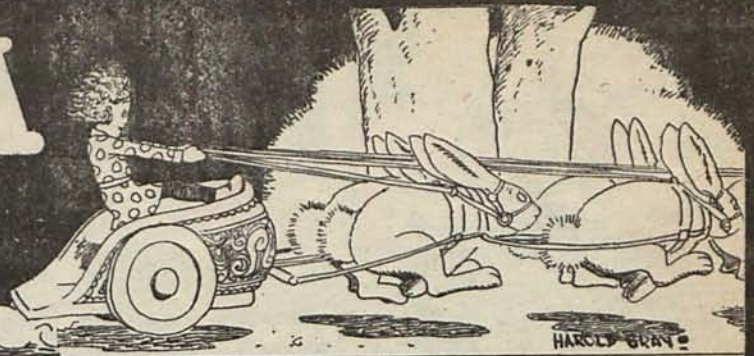
Os abraza a todos

PINOCHO.

PINOCHO	
CUPÓN DE CONCURSOS	
DEL NUM. 41	El Pinochista D.
de años, y cuyas señas son	
remite un trabajo para el Concurso de (1).	
Fecha (Si es suscriptor, poner el número	
(1) Indicar el que sea. Leed bien las condiciones: si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.	

BOLETÍN DE VOTACIÓN DEL MES DE NOVIEMBRE					
PROBLEMAS		CH. ILUSTRADO		CH. SIN ILUSTRAR	
SECCIÓN A	SECCIÓN B	SECCIÓN A	SECCIÓN B	SECCIÓN A	SECCIÓN B
Número	Número	Número	Número	Número	Número
CUEENTOS		DIBUJOS		HISTORIETAS	
SECCIÓN A	SECCIÓN B	SECCIÓN A	SECCIÓN B	SECCIÓN A	SECCIÓN B
Número	Número	Número	Número	Número	Número
SORTEO DE REGALOS DE PINOCHO NAVIDAD-REYES DE 1926 CUPON NUMERO 4					

ANITA BUEN- CORAZON



HAROLD GRAY



¡CANELO!...
¡MORITO!...¿POR
QUE LADRARAN
TANTO ESTOS
ANIMALES?

GUAU
GUAU
GUAU
GUAU



PUES SEÑOR POR
EL RUIDO QUE
ARMAN HAN
DESCUBIERTO LO
MENOS UN OSO



¿NO OS DA VER
GUENZA, GRAN-
DULLONES, DE
PERSEGUIR A
UN POBRE
CONEJITO
INDEFENSO?



•FUERA DE
AHI! YA ES-
TAIS DEJAN-
DO EN PAZ
A ESTE
CONEJO



•POBRECITO! ES-
TÁ TAN CANSA-
DITO QUE NO
PUEDE MOVER-
SE



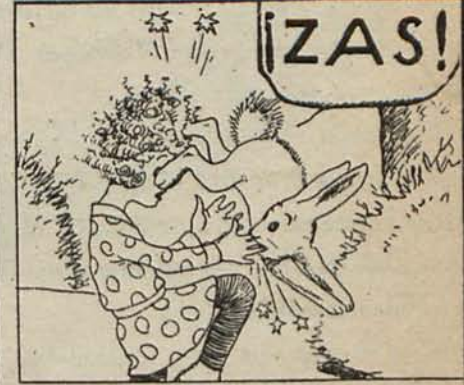
•COMO LE LA-
TE EL CORA-
ZONCITO! ¿SI
NO PUEDE CA-
SI RESPI-
RAR!



PERO NO TE APU-
RES, CONEJITO MIO;
VERÁS QUE CASITA
TE VOY A HA-
CER Y CUANTAS
HOJITAS DE LE-
CHUGA TE VOY
A DAR.



Y YA PROCURA-
RE YO QUE ESOS
MALVADOS DE PE-
RROS NO SEACER-
QUEN A TI. YA VE-
RAS QUE AMIGUI-
TOS VAMOS A SER



¡ZAS!



¿QUE ES ESTO?
ESTAS LOCO?
VENGA USTED
AQUI



¿POR QUÉ HUYES?
YO NO VOY A HA-
CERTE NINGUN DA-
ÑO...¿NO HAS VIS-
TO COMO TE HE
PROTEJIDO?



¡AY! ME HA MORDIDO ESTE DEDO, ME HA DADO
UNA PATADA EN UN OJO Y SE HA ESCAPADO...
¡VAYA UN AGRADECIMIENTO!... A PESAR DE TO-
DO ME ALEGRO DE HABERLE SALVADO LA VIDA,
SEGURAMENTE SERÁ MAS FELIZ CO-
RRIENDO LIBRE QUE ENCE-
RRADO.

Reg. U. S. Patent Office
© 1910 The Griggs Press

SECCIÓN PIRULA



PIRULA, ZAPATERA

Zapatillas de invierno. — ¿Qué preferís, el invierno o el verano?

Claro que el verano tiene sus ventajas: las vacaciones, el ir al campo o al mar, las flores, la alegría del sol, la suavidad de la sombra, etc...



Y el invierno tiene las ventajas de la escuela, que tanto os encanta, como niñas aplicadas que sois, y el poder andar, jugar, correr y saltar sin fatigarse como cuando hace calor...

Total, que a las estaciones les pasa lo que a casi todo, que tienen su lado bueno y su lado malo. Así, las golosinas son sabrosas; pero su abuso perjudica a la salud, y las medicinas, tan desagradables de tomar, son buenas, sin embargo, puesto que gracias a ellas nos curamos cuando estamos malos. Pues ¿y vosotras, amiguitas lectoras? Sois muy buenas, lo cual no obsta para que seáis a veces un poquito mal..., ¡jejem!, ¡jejem! Prefiero no insistir sobre este tema peligroso. Volvamos al invierno.

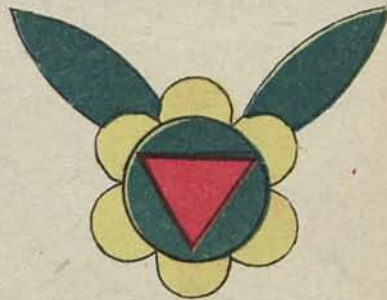
¿Hay nada más agradable al regresar a casa, después de sufrir el frío de la calle, que encontrarse con un calorcito suave y, sobre todo, cambiar los helados zapatos por las cálidas zapatillas?

Sí, ya sé que sois algo presumidas y os desagradan esas zapatillas uniformes y tristonas que se venden en las tiendas. Pero lo bonito es siempre compatible con lo confortable, y prueba de ello es el adjunto modelo, que vosotras mismas reproduciréis sin gran trabajo ni dificultad.

Seguramente mamá no tendrá inconveniente alguno en cortar los cuatro idénticos trozos de paño —dos azules para la parte exterior y dos encarnados para el forro— que irán cosidos sobre un trozo de fieltro

amarillo de la forma y tamaño de la planta de vuestros pies.

Una sencilla flor, recortada en bayetas de los colores que más os gusten, adornará perfectamente vuestras zapatillas, poniendo en ellas una grata notita de originalidad.



PIRULA, FABRICANTE DE JUGUETES

Juego de bolos «Currinche». — ¿Habéis visto qué cara de pena

pone el alegre negrito? La cosa no es para menos.

Figuraos que volvía tan campante de pasar el rato con el gran Don Turulato de una manera chistosísima, según acostumbran, pues...

¡Digo!, menuda indiscreción me disponía a cometer. Nada menos que la de contaros lo que en breve habéis de leer en este vuestro semanario.

Bueno; como iba diciendo, al volver Currinche, después de pasar el rato, se encontró con el genial Pinocho, nuestro director, quien le dice: «Currinchín, te anda buscando la señorita Pirula. Ve a ver lo que desea».

Y lo que yo deseaba era convertir a Currinche en juego de bolos. Nada más sencillo: se hace este juego con cucuruchos de cartón, cuya extremidad puntiaguda atraviesa otras tantas pelotas de goma, en las que va pintada la efigie betunesca del bueno de Currinche.

Y ahí le tenéis, asustado, esperando el pelotazo.

¡Bah!, como sea Chapete el jugador, no hay por qué asustarse. El infame pies de pato ya se sabe que no da pie con bola... ni bola con bolo.

